

## **EL SUEÑO DE LEONOR**

Susana Aguirrizábal Mayoral

*A mi querido padre, Emilio Aguirrizábal Polo, que nos dejó en el año 1996. Te fuiste demasiado pronto...*

*A mi abuela paterna, Leonor Polo, que da nombre a esta historia. Una mujer fuerte y valiente que crio a siete hijos en solitario en un momento muy convulso de la historia de España. También nos dejaste hace ya un rato largo... Me hubiera gustado disfrutarte más...*

## **Prólogo**

## Índice

Capítulo I.....	<i>Leonor Polo</i>
Capítulo II.....	<i>De Sierra Morena a Madrid</i>
Capítulo III.....	<i>Hospicio de San Bernardino</i>
Capítulo IV.....	<i>Elena</i>
Capítulo V.....	<i>Salida de San Bernardino</i>
Capítulo VI.....	<i>Villa Aurora</i>
Capítulo VII.....	<i>Emily</i>
Capítulo VIII.....	<i>Encuentros</i>
Capítulo IX.....	<i>Maximiliano Alcázar del Valle</i>
Capítulo X.....	<i>Confesiones</i>
Capítulo XI.....	<i>Fuego</i>
Capítulo XII.....	<i>Amalia Valcárcel</i>
Capítulo XIII.....	<i>La velada</i>
Capítulo XIV.....	<i>El desconocido</i>
Capítulo XV.....	<i>El secreto del ático</i>
Capítulo XVI.....	<i>Viaje a Vallefrío</i>
Capítulo XVII.....	<i>Regreso a Villa Aurora</i>
Capítulo XVIII.....	<i>La noche de San Juan</i>
Capítulo XIX.....	<i>La mañana siguiente</i>

Capítulo XX.....	<i>El extraño incidente</i>
Capítulo XXI.....	<i>La boda</i>
Capítulo XXII.....	<i>La razón de aquel matrimonio</i>
Capítulo XXIII.....	<i>Nuevos comienzos</i>
Capítulo XXIV.....	<i>Londres</i>
Capítulo XXV.....	<i>El Sueño de Leonor</i>
Capítulo XXVI.....	<i>La proposición</i>
Capítulo XXVII.....	<i>El día</i>
Capítulo XXVIII.....	<i>El Reencuentro</i>
Epílogo	
Agradecimientos	

## **Un lugar de Andalucía, 1996**

Soy Carmen.

Me despido de la finca del pueblo andaluz con más tristeza y amargura de la que hubiese imaginado... y había imaginado mucha. Dejo todo el mobiliario; pero he de recoger mis enseres más preciados, que llevan ahí siglos. Aunque tan solo se trata de un puñado de fotos familiares, son muy importantes para mí. En esas imágenes antiguas se refleja una vida, y esa vida es la mía, y la de mi gente y las tengo que recuperar.

Hace la friolera de veintinueve años que no piso esa casa; hablo ni más ni menos que de 1967, cuando yo era una jóvenzuela. Ahora soy una mujer ya curtida por los avatares del tiempo.

El hielo está presente por todas partes, hasta en las cornisas interiores. Tengo la sensación de que el cuerpo se me va a partir en pedazos de un momento a otro. Parece mentira que en el sur de España haga tanto frío. No te lo esperas.

Asciendo por la escalera de caracol de madera de castaño. Está llena de polvo. La barandilla de hierro fundido está un poco oxidada, y caminar por semejante antigualla no es nada seguro, pero insisto; debo rescatar las instantáneas, es lo poco que me queda de mi desaparecida familia...

Tengo esa sensación de soledad profunda, cuando uno queda huérfano del todo, sin nadie, nadie. No hay personas en el mundo ya con tu misma sangre. El

sentimiento de protección que te dan los tuyos se ha desvanecido de un plumazo. Y es que el sentir que deja el fallecimiento de una madre no es fácilmente explicable. Es el vacío...

Llego a la buhardilla con miedo, por si se viene abajo, y encuentro el cofre que mi madre había guardado tanto tiempo y con tanto ahínco. Revuelvo entre los objetos, no hay ningún álbum.

“¡No me lo puedo creer!”, pienso. “Pero si estaban aquí... o al menos eso me dijo mi madre antes de irse”.

Sigo buscando, y nada. Vuelvo a mover todo de arriba abajo. Aparece un cuaderno al fondo del cofre; es de tela, muy antiguo. Lleva un candado, pero está abierto. Me permito la osadía de abrir esa joya. Las hojas están desgastadas y tienen un color sepia oscuro. No encuentro las fotos, pero me lo meto en el bolso, deseando saber qué guardan sus páginas.

Monto en el coche, y me dirijo a Sevilla para pasar unos días sola, y así poder disfrutar de largos paseos por sus calles mágicas con olor a castañas asadas en este invierno tan frío, sin tener que hablar con nadie. Nos encontramos en el momento del año en el que las luces de Navidad empiezan a aparecer, creando un ambiente único que te invita a parar y observar en profundidad los rinconcitos encantadores que posee la ciudad. Los naranjos, cargados de frutos maduros, añaden un toque de color a los patios y jardines. Quiero tomarme un chocolate caliente, como hacía de chica. Me perderé en el barrio de Santa Cruz y caminaré por la orilla del Guadalquivir. Necesito pensar y tener mi duelo en solitario.

Ahora mismo estoy evocando un retazo del ayer. Ese estado de ánimo que se hace presente en algún momento de nuestras vidas y que duele al principio, pero ayuda a sanar después. Esas vías de escape, cuando existe un presente complicado y habitado por problemas. La melancolía nos lleva a navegar entre los sentimientos...

Comienza a caer el sol del incipiente invierno, y viajo por una tarde amarillenta en la que la luz nos avisa de que los días se van haciendo muy cortos. Sueño con el siguiente verano que queda ya atrás... A ver si así, el dolor mitiga...

Pronto las calles se engalanarán para recibir una nueva Navidad, en la que la gente se reunirá un año más para celebrar la vida de los que quedan, para brindar por lo que fueron, lo que son y lo que serán. Este año será difícil...

Y yo aquí, sentada, conduciendo y viendo pasar el ciclo de la vida. Mi cabeza vuelve a viajar a ese olor de la infancia, ese olor a inocencia y libertad.

Después de un viaje no muy largo en coche, impregnado de melancolía y escuchando a Luz Casal, concretamente la canción “*Entre mis recuerdos*”, que rebobino una y otra vez, llego al hotel, me doy una ducha caliente, pido un vaso de vino blanco con unas olivas, me tumbo en la cama y me dispongo a leer la reliquia que he rescatado...

## **Capítulo I**

### ***Leonor Polo***

*Vallefrio (Andalucía). Año 1860*

Frío, frío, mucho frío...

Me levantaba a las seis y media de la mañana y limpiaba el establo varias veces. Primo Juan salía a montar cada día, y me gustaba tener todo a punto para cuando volviera.

Estaba habituada a obedecer siempre a primo, porque si no tía Guadalupe me regañaba, incluso a veces me golpeaba por replicar a su querido hijo, y a mí no me quedaba otra que obedecer.

Ya no recordaba la cara de madre, que era lo que me daba fuerza para continuar. Me acostaba cada noche con el crucifijo que me regaló antes de morir. Lo tenía escondido debajo de la cama, no fuera a ser que tía Guadalupe me lo quitara. Esa mujer despreciable me hacía saber continuamente que estaba en deuda con ella, que primo Juan era el heredero, y que a mí me correspondía ser humilde, callar y agradecer por haber sido acogida en una casa que no era la mía.

Tía era viuda desde hacía dos años y había tenido un solo hijo, primo Juan.

Era un niño terco, mimado, insolente y rencoroso. Siempre me estaba increpando y molestando. Era de mi edad; aparte de eso no tenía nada en común conmigo,

pero tenía que aguantarlo porque él y su madre eran la única familia que me quedaba.

No me querían, pero me soportaban porque tío Juan era el único hermano que le había quedado a madre antes de fallecer. Él sí me quiso de verdad, y cada día le tenía más presente.

Mi habitación estaba cerca de las cuadras, olía muy mal, era gélida en invierno y hacía un calor sofocante en verano. Había un camastro donde caía rendida, y cuando estaba muy triste, me acordaba de madre y de tío Juan. Estaba segura de que, si hubieran estado vivos, tía Guadalupe y primo Juan me habrían tratado con amabilidad y las cosas serían muy diferentes.

Después de rememorar mi vida anterior, me secaba las lágrimas y silenciaba mis sollozos, porque más de una vez había venido tía Guadalupe a acallarme, y su modo de hacerlo, como no podía ser de otro modo, era muy duro, como todo en aquella casa.

—¡Leonor, Deja ya de hacer ruidos, que no podemos dormir!

Y así noche tras noche. No tenía ni derecho a llorar en esa maldita casa...

Tan solo tenía diez años. Tío Juan me acogió cuando madre falleció. Él sí que era un hombre bueno. Me leía cuentos, además me enseñó a leer; y le estoy muy agradecida, porque desde entonces no he parado de devorar historias de todo tipo. La lectura era mi refugio: iba a la biblioteca del salón verde y cogía libros sin que nadie supiera nada. No se daban cuenta, porque en esa casa el único que leía era tío Juan, y ya no vivía.

Estaba leyendo *Las mil y una noches* y me sentía Scheherezade, una mujer inteligente y valiente que se casaba con el rey Schahriar, que había decidido ejecutar a todas sus esposas después de la noche de bodas. La reina, atrevida e intrépida, para salvar su vida, le contaba al rey un cuento fascinante cada noche, dejándolo siempre en suspense para que quisiera escuchar más a la noche siguiente. De esta manera Scheherezade lograba cautivar al rey durante mil y una noches, posponiendo su ejecución, y finalmente ganándose su amor y respeto.

El que más me gustaba era *Aladino y la lámpara maravillosa*. Ese joven pobre encuentra una lámpara mágica con un genio, se hace rico y se casa con la princesa Jasmin. Pero un malvado brujo intenta robarle la lámpara, y Aladino tiene que usar su ingenio para vencerlo y vivir feliz con Jasmin.

Yo saldría de esa casa algún día... Encontraría la forma, encontraría al genio...

Me desperté una jornada más para comenzar la faena; pero al ir a limpiar las cuadras, la cabeza empezó a darmel vueltas. Me encontraba francamente mal, apenas me podía mover; pero aun así, decidí ir por si primo Juan quería montar. Antes de llegar a la cuadra, me paré en una esquina tiritando y sentí que se me empezaba a nublar la vista, y cada vez iba a más. Me faltaba el aire y el pecho se me encogía. A partir de ese momento, no supe lo que pasó hasta que abrí los ojos en mi lecho.

Estaba totalmente aturdida y no paraba de temblar, bañada en sudor. A los pies de la cama había un bulto, parecía una persona, alguien que no conocía.

—Buenos días, querida señorita Leonor. Me llamo Eusebio García Carrión, soy el boticario de Vallefrío. Lo primero de todo, ¿cómo se encuentra la muchachita

hoy? —me preguntó cariñosamente. Algo a lo que no estaba acostumbrada últimamente.

—Buenos días —balbuceé.

Desde el ventanuco se divisaba parte de Sierra Morena, o eso creía; quizás estaba soñando con ese manto enorme de terciopelo verde con sus bosques espesos llenos de riachuelos que sonaban entre las afiladas rocas.

Estaba en paz, por una vez. Por fin, había una cara de aspecto bondadoso en aquella gélida casa, que me inspiraba tranquilidad y me hablaba con voz melodiosa.

Don Eusebio García Carrión era un hombre de mediana edad, con una calva incipiente y gafas redondas. Vestía de marrón oscuro, con levita larga, sombrero de copa, y llevaba un maletín envejecido con sus instrumentos de trabajo.

—Querida Leonor, llevas 10 días en coma. Es un milagro que hayas despertado. Ahora tienes que alimentarte, estas extremadamente débil; tienes que hacer exactamente lo que yo te diga. Has tenido fiebres muy altas, y gracias a que te hemos ido hidratando, has ido mejorando —me advirtió.

—Pero... ¿Me voy a morir? Solo tengo diez años... —dije, con los ojos cubiertos de lágrimas.

—No, Leonor; eres muy fuerte y valiente, y de esta sales, querida niña —contestó el bueno de don Eusebio.

## Capítulo II

### *De Sierra Morena a Madrid*

Transcurrieron varias semanas. Afortunadamente, había recuperado mi estado de salud por completo. Volvía a ser la personita que era, esa niña dicharachera y alegre. Tía Guadalupe apenas me dirigía la palabra. Desde que me golpeó la cruel enfermedad, me sentía todavía más extraña en aquella casa.

Un buen día, estábamos comiendo en el salón un plato de potaje, cuando, sin esperarlo, tía Guadalupe dejó la cuchara encima de la mesa de un modo solemne y dirigió una mirada hiriente y ofensiva hacia mí, mostrándome una gran aversión; acto seguido, me dijo:

—Leonor, he hecho trámites para llevarte a un hospicio en Madrid. Aquí ya no podemos alimentarte. Además, desde que estuviste enferma, tu debilidad hace que ya no puedas ni ayudarnos. Partirás en dos días hacia el colegio. No quiero retrasarlo más. Allí ya son conscientes de tu llegada. Tu traslado se realizará a la mayor brevedad.

En ese preciso instante ya no pude más; exploté, me sentí libre, y dije lo que sentía de verdad por primera vez desde que tío Juan había fallecido:

—¡Si podéis alimentarme! —grité—. ¡Lo que pasa es que no me queréis! Ojalá estuviesen madre y tío Juan. ¡Nunca os hubieran permitido tratarme de esa forma! ¡No sois nobles ninguno de los dos! —añadí.

Me retiré a mi habitación. Empecé a llorar como nunca lo había hecho, gritaba de desesperación, aunque nadie me podía oír... Y si me oían, era más que consciente de que no les importaba nada que estuviese rota de dolor. Estaba sola en este mundo hostil.

Guardaba en mi memoria el beso de buenas noches de madre, su aliento, su cariño. Ella me tapaba con una manta y me decía: "Sueña con los angelitos, mi niña dulce". Eso nunca se repetiría; o al menos fuera de mi mente.

Pasaron dos días, y llegó el momento en que debía tomar una diligencia en la plaza del pueblo para ir al gran y bullicioso Madrid. Me alojaría en el Hospicio de San Bernardino, lugar en el que se acogía a niñas huérfanas o de familias pobres.

Abrí el ventanuco de mi minúscula habitación. Pude divisar por última vez los cerezos de Sierra Morena que se cubrían de flores blancas, como si la nieve hubiera caído sobre sus ramas. A pesar del olor de las cuadras, quedaba un suave y tenue aroma delicado en el ambiente a esos cerezos ya en flor.

La doncella me entregó una maleta pequeña de madera, desgastada por el uso, llena de manchas y rasguños. Tenía unas correas de cuero agrietadas y resecas, y las esquinas de metal estaban abolladas. Me pidió que metiera ahí mis pocas pertenencias, y me dio por su cuenta un panecillo relleno de tortilla en una servilleta de tela y una cantimplora con agua, todo metido en un talego; y me dijo que no dijera nada a tía Guadalupe, que ella no sabía nada. Me regaló un largo abrazo. Nunca olvidaré ni el abrazo, ni el panecillo, ni la cantimplora que me dio aquella muchacha, de nombre Úrsula. Y así partí, completamente sola, como

había estado desde hacía ya tiempo, sin despedirme de nadie, para dirigirme a ninguna parte...

Era muy temprano cuando llegué a la plaza principal de Vallefrío. Escuché un ruido que anunciaba la proximidad de un carro, y de repente vi unos faros en la oscuridad de la noche. La pequeña diligencia frenó y se detuvo con sus dos caballos. Solo éramos dos pasajeras, doña Elvira y yo, más el mayoral y el postillón, que iba a caballo al lado de la diligencia; este último comenzó a meterme prisa. Izó mi maleta, y la voz del conductor gritó:

—¡Todo listo!

Y así fue como dejé Vallefrío, nadando entre sentimientos encontrados... Teníamos cuatro días de travesía por delante.

Pasamos por varios pueblos. Las jornadas se hacían más largas de lo normal. Cubríamos kilómetros y kilómetros de caminos infernales. Nos deteníamos en diferentes lugares, y comíamos en las posadas. Era primavera, pero se notaba el frío al caer la noche. Teníamos miedo de la opacidad de aquellos momentos; pero nos protegíamos los unos a los otros y nos sentíamos más aliviados. Después de dos días, me había encariñado mucho con doña Elvira, una señora de unos sesenta y cinco años, que también iba a Madrid. Era una mujer con aspecto de guardiana de los suyos y de abuelita entrañable, de mediana estatura y delgada, con el pelo blanco recogido en un moño. Tenía la piel arrugada, pero sus ojos oscuros brillaban con intensidad y quedaba una belleza serena y madura digna de admiración. Vestía un traje sencillo pero bonito, y llevaba un chal de lana sobre los hombros. Había sido institutriz en un cortijo andaluz de unos terratenientes.

No le quedaba familia. Enseguida me di cuenta de la elegancia, la cultura y el bien hacer de esa gran señora, y le pregunté al respecto. Así es como me enteré de su interesante vida.

El tercer día de viaje, la diligencia avanzaba lentamente por el camino pedregoso; el traqueteo de las ruedas y el resoplar de los caballos inundaban el aire. De repente, unos hombres enmascarados salieron de entre los arbustos, bloqueándonos el paso.

—¡Manos arriba! —gritaron.

Dos de ellos llevaban un trabuco en mano. El miedo nos poseyó, comenzamos a temblar invadidos por el pánico. Los bandoleros registraron nuestras pertenencias. Doña Elvira apretó su bolso con fuerza, pero uno de aquellos hombres se lo arrebató. Observé aquella escena, y salió de dentro de mí una fuerza indescriptible. Me levanté con decisión, apartando a doña Elvira suavemente.

—¡Dejad en paz a esta buena mujer! —exclamé, enfrentándome a los bandoleros sin dudarlo un instante.

Me miraron con cara de sorpresa. Yo tan solo tenía diez años, pero no me amedrenté y les volví a desafiar:

—¡Llevad todo lo que queráis, pero no os atreváis a tocar a esta mujer!

Los bandoleros se quedaron mirándome, porque yo no levantaba ni dos palmos del suelo. Era una niña muy enclenque. El que parecía el jefe me sonrió con malicia:

—Tenemos agallas ¿eh? Me gusta tu espíritu, muchacha.

Hizo un gesto a sus hombres y estos se me acercaron, rodeándome. Mantuve la compostura no sé ni cómo; porque en realidad, por dentro estaba temblando.

—No os tengo miedo —osé a decirles—. Si nos dejáis marchar, os lo agradeceré de por vida.

Me miraban con mucha curiosidad, por supuesto que nunca habrían esperado mi reacción.

—¿Qué me darás a cambio? —me contestó uno de ellos, el que parecía el jefe.

—Os daremos lo que queráis, pero no nos hagáis daño —les pedí.

Finalmente marcharon tan pronto como el mayoral y doña Elvira les entregaron la mitad de lo que llevaban. Yo, como prácticamente llevaba lo puesto, no tuve que darles nada. Les pedí que me dejaran el crucifijo de madre, y así hicieron.

El mayoral, el conductor, el postillón y doña Elvira me abrazaron y me felicitaron por mi valentía y determinación. Lo que ellos no sabían era que mi existencia en los últimos años no había sido precisamente un camino de rosas, y que estaba preparada para los desaires de la vida. Esta me había enseñado las uñas en muchas ocasiones ya.

Aquel carroaje robusto con asientos de madera dura, con ventanas vestidas con cortinas para proteger del polvo y del sol, fue mi casa durante cuatro largos días. Doña Elvira y los demás habían sido en aquella ardua travesía la familia que tanto anhelaba. Sentía una especie de desasosiego, porque ya nos íbamos acercando a la capital y pronto nos diríamos adiós. Me dirigía al hospicio de San Bernardino, y no sabía lo que el destino me depararía de ahora en adelante.



## **Capítulo III**

### *Hospicio de San Bernardino*

La diligencia entró en la capital por la majestuosa Puerta de Toledo, enorme construcción de piedra que daba paso a calles anchas y muy transitadas. Había carruajes y gente caminando de un lado a otro sin parar. Los edificios eran altos, con balcones de hierro forjado.

Me sentí abrumada por el recibimiento de la gran ciudad; experimenté una mezcla de fascinación y temor por igual. Las calles eran inmensas, atestadas de personas y de movimiento. Aquellas avenidas me parecían laberintos interminables. Las construcciones me recordaban a los gigantes de los cuentos que tantas veces había leído; los monumentos y las casas proyectaban sombras largas sobre la muchedumbre. El aire olía a comida y a humareda, y el ruido era ensordecedor; pregoneros y voces agudas perturbaban mis tiernos y jóvenes sentidos. Agarré mi maleta con fuerza, sintiéndome pequeña e insignificante entre aquella vorágine.

El carroje avanzaba pesadamente por aquellas calles, dejando atrás la bella Puerta de Toledo. Apenas se escuchaba el trote de los caballos . No paraba de observar con asombro aquel cuadro en movimiento. Un mundo por descubrir se presentaba ante mí. Aquella gran ciudad, con su algarabía y grandiosidad, me emocionaba e intimidaba a partes iguales.

De los cuatro compañeros de viaje, yo era la primera que se apeaba. Ya en la puerta del hospicio, llegó el momento de la despedida. Primero, di un abrazo al mayoral; después al postillón, que había aguantado a caballo todas las inclemencias del tiempo y del camino, y posteriormente al conductor. Mi último abrazo fue para doña Elvira, uno fuerte y cálido. Ella me propinó unas palabras de ánimo, muy necesarias para mi alma:

—No tengas miedo, muchacha; eres fuerte y valiente, y estoy segura de que la vida te tratará como te mereces —me dijo con una sonrisa dulce.

—La echaré mucho de menos, doña Elvira. Ha sido usted como una madre para mí. Muchas gracias de corazón —le respondí con voz temblorosa y afligida.

Estoy segura de que tanto ella como yo sentimos un nudo en la garganta en aquel momento, pero ambas intentamos sonreír. Las lágrimas vendrían después.

El hospicio era un edificio grande y austero, con paredes desconchadas y envejecidas; las ventanas eran minúsculas. En el interior las niñas dormían en camastros alineados en grandes dormitorios, a excepción de un par de cuartuchos de dos camas, que eran para las recién llegadas o para aquellas de salud más débil.

Las criaturas recibían clases en aulas frías y sin apenas luz.

Entré con paso vacilante; era una completa extraña en un lugar hostil y desconocido. Una monja de rostro imperturbable me recibió en la puerta y me acompañó a una habitación compartida con otra muchacha. Era un cuarto muy pequeño y austero. Tenía dos camas estrechas, dos sillas y un armario. Apoyé mi maleta en el suelo, contemplando todo con curiosidad y tristeza.

A los pocos minutos apareció mi compañera de cuarto, una niña un poco mayor que yo, o al menos eso me parecía. Estaba extremadamente delgada y su piel era pálida. Sus ojos grandes y oscuros emanaban una tristeza profunda. Su cabello castaño rizado caía sobre sus hombros. Su voz era suave y melancólica.

Parecía tímida, pero a la vez se la veía dispuesta y amable.

—Hola, soy Elena, ¿y tú?

—Me llamo Leonor.

—¿Quieres que te enseñe un poco el colegio? —me preguntó.

—Pues claro —contesté, con ganas de ver dónde me alojaría.

Eran las siete y media de la tarde, y Elena me acompañó hasta una especie de despacho donde se encontraba la directora y alma del hospicio; era de las pocas que no era religiosa, menuda, y tendría unos treinta años. Llevaba un moño tirante, su porte era erguido; era elegante y agraciada.

—¿Desde dónde vienes, criatura? —me preguntó con semblante grave.

—Desde Vallefrío, un pueblo de Sierra Morena —contesté.

—Eres muy pequeña para haber hecho un viaje tan largo. Entiendo que has viajado sola... —me dijo, observándome de arriba abajo.

Sin apenas dejarme contestar supuse que estaba hambrienta y cansada, lo cual era totalmente cierto.

—¿Es la primera vez que te separas de tu familia para venir a nuestro colegio, querida? —siguió conversando conmigo.

Le contesté que no tenía padres (como era de esperar, porque la mayoría de las niñas que allí habitaban eran huérfanas); que mi última familia, si se le podía llamar así, había sido una tía y su hijo. Después se interesó por mi edad, también si sabía leer, escribir y coser. Llamo a una monja para que me acompañara a conocer el hospicio. Debo admitir que sus modales estrictos, pero a la vez exquisitos, me impresionaron.

La monja era una mujer de ya una cierta edad, casi anciana, diría yo, con la tez colorada; su cuerpo era rechoncho y sus movimientos torpes. Después descubrí que era ayudante de profesora, y nos enseñaría la asignatura “Nuestras labores”. Se llamaba Socorro. Elena y yo seguimos a la hermana Socorro recorriendo los pasillos de un edificio irregular y devastado. De repente, se rompió el silencio reinante, oímos muchas voces, y entramos en una sala larga y lúgubre donde había mesas de madera con velas; en cada mesa se sentaban chicas de diferentes edades, desde los ocho hasta los dieciocho años. Eran unas setenta las que habitaban el hospicio en ese momento. Llevaban un uniforme de un color gris marengo con delantales blancos, y el pelo recogido en moños para evitar el contagio de piojos. Estaba finalizando la hora de estudio donde se repasaban las lecciones para el día siguiente.

De pronto se escuchó una voz:

—Monitoras, recojan los libros y guárdenlos, pasamos al refectorio para cenar.

Cinco alumnas, generalmente las mayores del grupo, eran las encargadas de recoger y dejar todo impoluto para el día siguiente; y así ocurría día tras día, exceptuando el domingo, que era día de rezos y de salir a pasear.

Apenas cené esa noche, invadida por la emoción y el agotamiento. Me retiré a mi habitación. Pasé por las hileras de camas donde probablemente, en un tiempo no muy lejano, dormiría yo también, al dejar de ser nueva.

Me metí en la cama. La lluvia torrencial y las ráfagas de viento se proyectaban en mis oídos como si estuvieran dentro de mi sábana. Caí rendida.

Sonó una campanilla: eran las siete de la mañana. Tiritaba de frío. Me acerqué a una pila de agua helada, que se encontraba en el centro de la sala, para lavarme. Después, nos colocamos en filas para bajar a las aulas, y comenzamos con la oración diaria y la lectura de capítulos de la Biblia.

## **Capítulo IV**

### ***Elena***

Mi primer día de clase fue un poco decepcionante. Las aulas eran grandes e inhóspitas, las niñas parecían enfadadas, serias y poco amigables; pero se las veía aplicadas, o igual no les quedaba otra por la dureza de los castigos. Elena estuvo a mi lado en todo momento, no se separaba de mí ni un instante. Me ayudaba a entender las lecciones y me hacía más fácil la estancia en aquel sitio, presentándose a las compañeras más afables.

Iba pasando el tiempo. A veces me sentía muy sola y fuera de lugar, pero me aferraba a Elena y encontraba consuelo en nuestra bonita amistad que iba creciendo día a día.

Juntas explorábamos el hospicio, compartíamos sueños de grandeza y descubríamos nuestros secretos. Soñábamos con ser maestras y fundar nuestra propia escuela; pero esta sería muy diferente al lugar donde nos encontrábamos: sería un lugar lleno de luz y risas donde niños y niñas pudieran aprender divirtiéndose y crecer felices. A mí me gustaba leer y escribir cuentos e historias, y también me imaginaba a mí misma como una gran escritora, famosa en el mundo entero.

A ambas nos encantaba aprender sobre la naturaleza, los animales y las plantas; también nos gustaban la historia, la literatura, los idiomas, la geografía, los

castillos y lugares antiguos. Nos encantaba viajar con la mente... Éramos muy preguntonas.

Había una conexión casi divina entre ambas; nos parecíamos mucho, las dos huérfanas y con una necesidad de cariño muy grande. Además, Elena era curiosa, igual que yo; siempre buscaba rincones secretos y pasadizos ocultos que le llevaran a sitios mágicos. Me fascinaba su energía, su entusiasmo por la vida y su curiosidad por descubrir cosas nuevas.

Nos perdíamos en aventuras apasionantes, y buscábamos tesoros imaginarios hasta caer exhaustas por la noche.

Ese año, 1861, que nunca olvidaré, España sufrió una fuerte epidemia de cólera que causó muchas muertes en todo el país. Fue devastadora. La enfermedad se propagó como la pólvora por la península, causando miles de fallecimientos. Madrid, entre otras ciudades españolas, se vio sumida en el caos, con hospitales desbordados y calles llenas de enfermos. El gobierno tuvo que tomar medidas drásticas para controlar la situación, llegó incluso a cerrar fronteras y establecer cuarentenas. La vida se volvió muy difícil en el país. La gente vivía con pánico, no salía a la calle, los negocios cerraron. Las familias adineradas se marchaban de las ciudades, buscando en el campo lugares más seguros. Fue una época catastrófica.

Todo esto se reflejó en mi corta vida. Vi morir a muchas niñas en el hospicio...

Elena y yo, después de un año sin separarnos apenas, éramos prácticamente hermanas. Mi amiga tenía una salud muy frágil, por eso dormía en el cuartucho donde había dos camas. La directora, que era un alma caritativa, me había dejado

quedarme con ella desde el principio, y nunca llegué a dormir en la sala de la hilera de camas. Estábamos juntas en el paraíso.

Elena enfermó de cólera, y su situación se agravó bastante con el paso de los días. No salíamos apenas de la habitación. La cuidé con todo mi esmero, pero mi amiga del alma empeoraba sin remisión; se me caía el mundo encima. No había nada que pudiese hacer.

Una mañana gris y húmeda, Elena estaba especialmente pálida y débil. Apenas podía hablar. La abracé fuertemente. Trataba de darle calor, de protegerla; quería que se quedase siempre a mi lado. Me susurró algo al oído, y acto seguido cerró los ojos. Nunca más los volvió a abrir.

Me quedé allí abrazándola. No podía ser cierto. Elena no se podía haber ido. Mi sustento, mi apoyo, mi compañera fiel, mi familia, mi todo. Mi grito fue desgarrador...

Estuve una semana entera sin salir de la habitación, sin apenas comer. La hermana Mary, la única religiosa inglesa que había en el hospicio, me traía algo de comida y agua. Me hablaba en su idioma para hacerme reaccionar, ya que sabía que me encantaba conversar en mi humilde inglés; pero yo estaba más que destrozada, no quería ni podía hablar. Al final, la terminé contestando con monosílabos desde la cama. Mi vida se había convertido en un deambular sin rumbo.

Transcurría el tiempo muy lentamente. Un día comencé a bajar a las clases. Me refugiaba en los libros y en la música. Había un piano pequeño en la capilla del hospicio. Aprendí a tocar alguna pieza, y me convertí en una ávida lectora. Devoraba libros de todo tipo: de historia, de religión, de amor, de viajes, de

fantasía; incluso empecé a leer en inglés y en francés, lo que me llevó a aprender ambos idiomas. Viajaría a Inglaterra y a Francia, y conocería Londres y París, los centros culturales de Europa en aquel momento. A pesar de mi corta edad, leía a las hermanas Brontë, a Charles Dickens, a Flaubert y a Zola, que contaban historias sobre la vida cotidiana de la gente en las sofisticadas Inglaterra y Francia. Todo eso me iba ayudando a soportar la pérdida de mi querida y dulce Elena.

El tiempo seguía pasando de una forma lenta. Yo seguía creciendo...

Estar al tanto de lo que ocurría en el mundo, y concretamente en España, me hacía mantenerme viva. Yo ya tenía 15 años por aquel 1865, y me empezaban a interesar la educación y la política. Había aprendido que en nuestro país había mucha tensión política entre los liberales y los conservadores, que no se ponían de acuerdo, y esto llevaba a una inestabilidad que asolaba con fuerza. Además, nuestra nación estaba en guerra con Perú y Chile. Fue un conflicto en el que no había mucho en juego para España; pero, aun así, dejaba huella. Por aquel entonces gobernaba la reina Isabel II.

Había mucha pobreza, sobre todo en el campo, y la industria era muy escasa. Existía una gran diferencia de clases. La vida de las mujeres era limitada: el objetivo de una fémina era el matrimonio. Dependíamos de los padres, y luego de los maridos. No podíamos votar, y nuestras opciones laborales eran muy escasas.

Yo seguía instruyéndome y leyendo... Un día me sentaría a escribir a orillas del Sena o del Támesis... Estaba segura de ello...

Fernán Caballero era en ese momento mi escritora favorita; una de las autoras más leídas de la época. Su verdadero nombre era Cecilia Böhl. Nació en Suiza, pero vivió gran parte de su vida en Andalucía. Sus novelas eran increíbles. Retrató como nadie el folclore y las tradiciones de mi tierra andaluza. Contaba historias de la vida cotidiana con un toque de humor, siempre apetecible en circunstancias complicadas. Era valiente: escribía sobre la importancia de la educación para las mujeres, tema que me interesaba especialmente. Una de sus citas era la que me alentaba para imaginar un futuro mejor: “*La instrucción de la mujer es la base de la sociedad*”. También me sabía de memoria otra de sus magníficas citas: “*El alma que hablar puede con los ojos, también puede besar con la mirada*”.

Los años seguían avanzando; a partir de entonces, más rápidamente. Yo continuaba en el hospicio, aprendiendo... y también enseñando. Era una joven maestra; tan solo tenía diecisiete años cuando me coloqué al otro lado del pupitre. Estaba llena de sueños. Quería salir de allí, aunque no dejaba de estar agradecida a aquel lugar, porque había aprendido muchísimo y había forjado un carácter. Ahora era yo la que transmitía esa gran pasión por la lectura y el aprendizaje a niñas desvalidas y con necesidad de cariño.

Esa muchacha que había sido un día y que, en gran parte, seguía siendo, ansiaba libertad; pero no sabía exactamente qué quería, ni cómo lograrlo.

Una tarde noche de finales de abril me acerqué a la ventana, la abrí y me asomé pensativa al exterior. Me quedé contemplando las dos alas del edificio, los alrededores del hospicio, el patio donde había jugado tantas veces, y la estrecha carretera que serpenteaba delante de mi vista. Rememoré la ocasión en que yo

misma la había recorrido en diligencia. También recordé a doña Elvira, su tierno y largo abrazo, su “*conseguirás lo que te propongas*”; entonces, sentí su fuerza y su amor. También recordé mi viaje por caminos imposibles en crepúsculos bellísimos. Me parecía que había transcurrido un siglo desde que llegué a San Bernardino. Había pasado siempre las vacaciones allí, no había tenido un lugar a donde ir. No había mantenido correspondencia con nadie del mundo exterior (ni que decir tiene que tía Guadalupe y primo Juan no me habían invitado nunca a su casa). Lo que sabía de la vida era a través de los libros, y lo que había vivido del mundo real eran tan solo las reglas, las costumbres, los rostros, las voces, los ruidos, las simpatías y antipatías de la escuela en la que habitaba. Eso ya no me era suficiente. Quería ser libre...

En ese momento de profundos pensamientos, sonó la campanilla que anunciaba la hora de la cena.

## Capítulo V

### *Salida de San Bernardino*

Cenamos, y retomé el hilo de mis reflexiones. La maestra que compartía cuarto conmigo me impedía concentrarme con su charla intrascendente y un poco frívola. Resonaba como un ruido lejano en mis oídos. “A ver si hay suerte y sucumbe ya a los brazos de Morfeo, y me deja centrarme en la cuestión que me incumbe de lleno”, pensé.

La señorita Josefa Hernández se puso a roncar por fin. Lo hacía cada noche; era una gallega recia, y su ronquido era insopportable y duradero... pero aquella noche lo agradecí infinitamente.

Mis pensamientos adormecidos se reavivaron como el fuego. Libertad, emoción, independencia, eran palabras que resonaban en mi cabeza desde hacía ya tiempo. ¿Cómo? ¿Cuándo? Eran palabras de una belleza extraordinaria; pero solo eso por el momento, “palabras”.

Súbitamente, me senté en la cama y mi cerebro se iluminó a la vez que mi sonrisa. Entre los ronquidos de la señorita Hernández, visualicé un periódico, concretamente *El Español*, que era el de mayor tirada, y también vi en grande mi anuncio en una de sus páginas:

*“Una señorita habituada a la enseñanza y actualmente trabajando en un colegio de niñas huérfanas busca un puesto de institutriz en una familia con hijos”*

*menores de doce años. Está cualificada para impartir las asignaturas habituales de una buena educación, además de francés, inglés, dibujo y música. La maestra en cuestión es una lectora ávida”.*

A la mañana siguiente, introduje el anuncio en un sobre, aproveché para salir a dar un paseo y lo envié al diario...

Transcurrieron varias semanas. Yo proseguía mis atareadas jornadas, dando tiempo al tiempo. Siempre había sido muy paciente, y eso había sido de gran ayuda en mi corta vida. Un buen día me acerqué a Correos para ver si había alguna carta para mí.

—Buenos días, caballero. ¿Hay cartas para Leonor Polo? —pregunté con mucho interés.

—Pues déjeme ver, señorita... Aquí tengo algo para usted. Solo hay una dirigida a Leonor Polo —respondió el funcionario de Correos amablemente.

Me guardé el sobre en el bolsillo. Era tarde para pararme a abrirlo, porque el reglamento del hospicio era muy estricto con los horarios y debía estar de vuelta a las siete y media: debía sentarme con las alumnas en su hora de estudio, después leer con ellas las oraciones, acompañarlas a acostarse y, finalmente, cenar con las demás profesoras.

Estaba deseando leer aquella correspondencia. ¿Sería mi billete de salida de San Bernardino?

Por fin me retiré a dormir. Sabía que me esperaba la compañía de la señorita Hernández. Mi temor era que no parara de hablar como era su costumbre, pero la

copiosa cena le produjo el efecto soporífero que era mi deseo. En cuestión de segundos, estaba roncando a todo pulmón. Saqué entonces el sobre de forma sigilosa, por si la compañera se despertaba. El sello llevaba una M mayúscula, lo rompí con gran interés y esperanza. Su contenido era breve:

*“Si la señorita Leonor Polo, que se anunció en El Español, posee los conocimientos citados y puede proporcionar referencias satisfactorias al respecto, podrá obtener un puesto de institutriz en el que solo habrá de enseñar a una alumna, una niña de ocho años. Recibiría un sueldo de 800 reales al año con derecho a alojamiento, comida y tiempo libre para sus asuntos. Se solicita a la señorita Polo que envíe referencias y todo tipo de detalles a la dirección siguiente: Señora Martínez, Hacienda Villa Aurora. Provincia de Sevilla”.*

¡Mi bella y adorada Andalucía! Cuando la dejé, supe que volvería algún día. Estaba en mi mente regresar a mi tierra. Lo haría por la puerta grande esta vez. Me habían echado, humillado y forzado a salir casi de madrugada sin ser vista. Ahora el retorno era posible.

Me acordé entonces de doña Elvira, aquella entrañable institutriz que un día, durante mi largo viaje desde mi llamada casa a Madrid, me deseó lo mejor... Entonces terminó de consumirse la vela...

Debía comunicar mi decisión. Enseguida, solicité audiencia con la directora.

La señorita Milagros ya comenzaba a peinar canas, pero no había perdido ni un ápice de elegancia en sus formas. Fui a su despacho en el recreo de mediodía, y le dije que tenía en perspectiva un nuevo puesto con el doble de sueldo, y le pedí que me proporcionara las referencias solicitadas para mi nuevo empleo como

institutriz. Me había comportado bien desde que llegué, y ella era consciente de ello, por lo que me ayudó sin poner ningún reparo.

Envié una copia a la señora Martínez y pronto recibí su respuesta, en la que se daba por satisfecha y fijaba el plazo de diez días para que asumiera el puesto requerido en su casa.

Desde ese instante estuve más atareada de lo habitual, ya que tenía que organizar mis preparativos para partir; esos diez días transcurrieron más rápidamente de lo que esperaba. No tenía prácticamente ropa, y fue el día antes de irme cuando llené mi maletita vieja, la misma que había traído ocho años atrás.

Cogí el equipaje. Me despedí de mis niñas, de mis compañeras, de las monjas y de la directora. Estaba amaneciendo. Ya no me quedaba nada por hacer.

Aquella madrugada se cerraba una etapa de mi vida y se abría otra nueva. No quería tener expectativas por el momento. Era un día cualquiera, pero para mí era diferente.

Salí de San Bernardino muy temprano. El reloj del hospicio marcaba las seis menos cuarto de la mañana.

Me esperaba la provincia de Sevilla, una hacienda señorial, paisajes preciosos y familiares.

“*Villa Aurora... ¡Qué nombre tan evocador para una finca!*”, pensaba.

Había leído que Aurora era la diosa del amanecer; así que la hacienda me evocaba imágenes de luz y nuevos comienzos. Era un nombre muy apropiado para mi nuevo hogar en mi amado campo andaluz. Pero siempre evitando expectativas...

“Ayyyy, nuevos comienzos...”, pensé.

## **Capítulo VI**

### **Villa Aurora**

Mi corazón latía con fuerza a la vez que la diligencia se alejaba de un Madrid siempre concurrido. Fluían en mi interior sentimientos extraños que no había experimentado anteriormente. Por un lado, sentía la emoción de comenzar una nueva vida en mi tierra, lejos del bullicio de la gran ciudad; pero también me invadía una punzada de angustia y pena al dejar atrás recuerdos y seres queridos. Unos momentos que permanecerían en mi ser para siempre. Apreté con fuerza mi maletita raída, como si la protegiera de algo, era mi vida; cogí esa vida entre mis manos, pero en realidad lo que estaba haciendo era tratar de calmar los nervios.

Al cabo de un buen rato, comencé a ver un cambio de paisaje: íbamos pasando de edificios altos y calles congestionadas a campos verdes y colinas ondulantes. El aire fresco de la mañana me acariciaba el rostro. Cerré los ojos un instante, intentando grabar en mi memoria ese olor a flores silvestres. Empezaba a llover un poco y olía a tierra mojada. Me quedé dormida. Mi último pensamiento antes de conciliar el sueño fue para mi querida Elena, que siempre me cuidaría desde el cielo.

El carroje iba avanzando por caminos polvorrientos, dejando a sus espaldas bellos campos de trigo, adentrándose en un paisaje más montañoso y empinado.

Estaba fascinada y ojiplática. Podía divisar desde mi asiento mis amados pueblos blancos que salpicaban las laderas mientras las ovejas pastaban en calma.

Los atardeceres de aquellos tres días fueron majestuosos. Nunca los olvidaré. Paramos en una posada la primera noche para repostar y descansar, y a partir del segundo día, los paisajes iban cambiando muy sutilmente, volviéndose más sinuosos y empedrados. La diligencia avanzaba con dificultad; a veces me tenía que sujetar para no caerme, me acuciaba el cansancio, pero disfrutaba igualmente.

Ya el tercer día, las vistas eran diferentes: los campos eran más verdes y suaves. El camino se ensanchaba a nuestro paso y nos recibía amablemente.

Me estaba impacientando a la vez que mis nervios afloraban; ya estaba deseando llegar a *Villa Aurora* para conocer mi nuevo hogar. Finalmente, al atardecer, los caballos se adentraron por una colina, y a la vuelta apareció una imponente mansión ante mis ojos. ¿Era real? No podía ser...

Me quedé sin aliento, completamente intimidada ante aquellos jardines exuberantes y la insultante belleza del lugar.

El atardecer era un espectáculo para la vista. Y más viniendo del humilde hospicio de San Bernardino, que era un lugar oscuro, austero y sin apenas acceso a vistas exteriores. Los últimos rayos de sol teñían las paredes de dorado, se oía un leve canto de pájaros, los setos estaban perfectamente recortados y las flores resurgían en aquel lugar enigmático y señorial.

El carroaje paró en la puerta de la hacienda; sentí un vuelco en el corazón. La puerta principal se abrió con un crujido solemne, revelando un vestíbulo elegante y enorme iluminado por una lámpara de gas en forma de araña.

Una mujer de corta estatura y rellenita, con el cabello recogido en un moño un tanto descuidado, apareció por las escaleras de mármol con una sonrisa acogedora y jovial.

—¡Bienvenida a *Villa Aurora*, señorita Leonor! —exclamó con voz cálida—. Soy la señora Martínez, el ama de llaves de esta casa. ¡Qué alegría tenerla por fin aquí! Debe estar usted agotada después de un viaje tan largo.

Me acerqué a la buena mujer, y con las piernas temblorosas le respondí con una leve sonrisa que escondía mi excitación.

—Es un placer conocerla, señora Martínez.

—¡Qué joven es usted! —se sorprendió—. Tenemos todo listo; sígame y le mostraré sus aposentos —continuó hablándome.

La seguí por el amplio vestíbulo mientras observaba con admiración aquellos cuadros y muebles tallados. La señora Martínez abrió una puerta y me invitó a pasar.

—Esta será su habitación de ahora en adelante, señorita Leonor —anunció.

Entré muy despacio y con cautela, y al ver tanto lujo, casi me quedé sin respiración; realmente, me faltaba el aire, pero disimulaba delante de aquella ama de llaves tan agradable. Delante de mí había una habitación inmensa con una cama en la que cabían dos o tres personas, con un dosel de telas bordadas, cortinas de terciopelo y un balcón con vistas al jardín dorado que había pisado anteriormente y me había transportado a mi cuento favorito: *Las mil y una noches*.

—Es preciosa, muchas gracias —dije, acordándome de mis camastros anteriores...

—Espero que esté a su gusto —me contestó la señora Martínez—. La cena se sirve a las ocho y media; cualquier cosa que necesite, estoy a su disposición.

Se marchó con una reverencia a la que yo respondí. Abrí las puertas del balcón. El aire del atardecer me acarició las mejillas. El olor a flores era dulce. Nunca en mi vida había experimentado una acogida así.

*Villa Aurora* era mucho más bella de lo que nunca hubiera imaginado; pero también sentía una extraña inquietud ante tanto lujo. Eso no podía estar ocurriendo. Tenía miedo de que fuera un sueño y me despertara en la casa de tía Guadalupe y primo Juan, que no sabía por qué, acababan de aparecer en mi mente entre tanta hermosura y opulencia.

El miedo a lo desconocido me invadía también; la belleza del lugar, la cortesía de la señora Martínez, mi preciosa habitación, sin lugar a dudas, eran verdaderamente algo que me impresionaba enormemente. Pero mi humilde y pequeño hospicio había sido mi hogar durante ocho largos años; mis niñas pobres, llenas de vida y alegría, sus saludos y abrazos matinales, mis compañeras maestras, la señorita Milagros, las monjas, incluso la señorita Hernández y sus ronquidos, y por supuesto, mi angelito Elena, no se apartaban de mi mente tan fácilmente.

Debía bajar a cenar. Las lágrimas comenzaron a resbalar por mis mejillas, me las sequé y me dispuse a afrontar un nuevo renacer...



## Capítulo VII

### *Emily*

La señora Martínez había supervisado la preparación de la cena, asegurándose de que todo estuviera perfecto para mi llegada. Me daría cuenta más adelante de que llevaba todo al detalle. No existía un ama de llaves tan sumamente eficiente en la faz de la Tierra.

El comedor era una sala de enormes dimensiones; en el centro había una mesa larga y bien decorada. Nunca había visto algo así. Entré tímidamente, y vi a Emily sentada en una silla alta, con un vestido de terciopelo azul y el pelo castaño claro recogido en dos trenzas. Me miró con curiosidad y me regaló una sonrisa.

—¿Tú eres Leonor? —preguntó, con un acento inglés muy parecido al de la hermana Mary—. ¡Qué nombre tan bonito! —añadió.

Me sonrojé un poco y asentí con la cabeza. No sabía nada de mi nueva alumna, tan solo que tenía ocho años. Me di cuenta en seguida de que era una niña muy despierta, simpática y habladora. Al principio simplemente nos observábamos, pero pronto entablamos conversación.

Durante la cena me estuvo relatando historias sobre Londres y su vida allí. Me sentí fascinada por su desparpajo y su elegante acento inglés. Al final, se atrevió a contarme algo muy personal: me habló de su tristeza, y de la razón por la que se sentía sola. Hacía dos años que había perdido a su madre.

Aquella noche la señora Martínez no se había unido a la cena con nosotras, para permitirnos hablar a solas y así dejar que nos conociéramos antes de comenzar nuestras tareas. Íbamos a pasar mucho tiempo juntas. Como dije anteriormente, esa delicada mujer tenía todo previsto y calculado al detalle.

Después de cenar, me despedí de la niña, la acompañé a su habitación y le di un beso de buenas noches. Era como si nos conociéramos de toda la vida.

Estuve con ella un breve lapso y la dejé con su cuidadora, una muchacha francesa muy joven, que se encargaba de acompañarla en todo momento. Emily disponía de todo tipo de juguetes, riquezas y manjares; pero le faltaba el amor de una madre a tan corta edad, y yo sabía perfectamente cómo se sentía una criatura ante ese gran vacío.

Entonces llegó el momento de entrevistarme con la señora Martínez. Me invitó a pasar a un saloncito a tomar una infusión antes de irnos a la cama, y así fue como me informó sobre la pequeña Emily.

El dueño de la casa, el señor Alcázar del Valle, no era el padre, sino el tutor legal de la cría. Yo, por supuesto, no pregunté el motivo; aunque admito que me hubiera encantado saber por qué.

La señora Martínez me explicó las rutinas de Emily; también me dijo que era una niña muy despierta, que le encantaba explorar el jardín y los alrededores de *Villa Aurora*, y que siempre estaba en busca de nuevas aventuras. Le agradaba mucho dibujar y escuchar música, sobre todo el piano. La niña se había criado siempre entre algodones; su madre había tenido una pequeña galería de arte en el barrio de Chelsea, una zona muy céntrica y comercial de la ciudad de Londres. Había

vendido cuadros de pintores locales y antigüedades que traía de sus viajes por Europa. Era una mujer muy culta y refinada, dotada de un gusto exquisito y muy entendida en arte y literatura, pero desafortunadamente había fallecido de tuberculosis hacía ya dos años. Su padre había muerto cuando Emily era un bebé. No le quedaba más familia en Inglaterra, y el señor Alcázar del Valle se había hecho cargo de ella.

No pude evitar preguntar:

—¿Cómo es el señor de la casa? Debe tener buen corazón para hacerse cargo de una muchacha tan pequeña sin ser su padre —afirmé.

La señora Martínez me respondió amablemente, pero con mucha brevedad. Estaba claro que no quería dar muchos detalles sobre el tema.

—Es un hombre muy rico, poderoso e influyente, acostumbrado a salirse siempre con la suya. Es una buena persona, pero de pocas palabras; tiene un carácter agrio y a la vez misterioso. Además de poseer tierras por toda España, es dueño de extensas plantaciones de azúcar en Cuba y de café en Puerto Rico, y de minas de oro en Filipinas, que como sabes son colonias españolas. Ese es uno de los motivos por el que se encuentra de viaje la mayoría del tiempo. Tiene muchos negocios y compromisos, y no descuida atenderlos.

—Entiendo —respondí.

Agradecí a la señora Martínez su hospitalidad, y me despedí hasta el día siguiente; también me había explicado en aquella velada las costumbres y los horarios de la casa en cuanto a comidas y trabajo.

Y así de agradable transcurrió el encuentro... Estaba deseando incorporarme a mis rutinas y establecer esa normalidad deseada lo antes posible.

Emily me hacía la vida fácil: era una niña jovial y con mucha necesidad de atención y cariño. Pronto comenzaron nuestros hábitos, que serían de lunes a sábados, ya que los domingos eran días de descanso para ambas.

Las mañanas comenzaban con clases de español. Emily progresaba rápidamente y se interesaba por todo. Por las tardes leíamos en inglés y francés, Me engatusaba con su pronunciación. Además de su madre inglesa, sus *nannies* siempre habían sido francesas, con lo cual dominaba los dos idiomas a la perfección. Dos veces por semana, un profesor acudía a *Villa Aurora* para reforzar las clases de álgebra y aritmética.

Cuando no venía el profesor, adelantábamos en dibujo y música. Utilizábamos los libros de la extensa biblioteca de la casa. Nos daba tiempo a explorar el jardín y a ver las plantas y los pájaros, compartiendo no solo estudios sino también confidencias y risas. Algunas noches, antes de irnos a dormir, nos reuníamos en la biblioteca y leíamos lo que nos placía a dos voces, creándose poco a poco un vínculo muy especial entre nosotras.

La primavera se iba despidiendo lentamente para dar paso a días más largos y cálidos. Me sentía cada día más unida a la niña. Sin embargo, me preguntaba por la presencia del señor Alcázar del Valle en la finca. Desde que llegué, y ya hacía más de tres meses de eso, no habíamos tenido noticias suyas.

Pasaban los días; cada vez estaba más contenta con mi trabajo y mi estancia en la casa. La vida me sonreía, las penurias que me habían golpeado en mis otros

comienzos parecían haberse disipado. Me sentía tranquila y libre. Adoraba mi tierra andaluza, pero también me encantaba rememorar momentos y personas de mi vida desde que salí de Vallefrío: a doña Elvira, a la señorita Milagros, a las hermanas Socorro y Mary, y cómo no, a mi dulce y bella Elena...

Continuaba mis clases diarias. Yo era una persona paciente por naturaleza; le repetía a Emily todo cuantas veces lo necesitaba. Nuestras salidas al jardín eran divertidas: metíamos los pies en las fuentes para refrescarnos entre risas y conversaciones. Su español mejoraba, mi inglés también. Le conté que en el hospicio soñaba con escribir un día a orillas del Támesis o del Sena. A ella le gustaba mucho escucharme y me pedía que le narrara más historias. Por supuesto que lo hacía, y además lo disfrutaba enormemente.

Ya comenzaba a golpear el calor que azotaba tan fuerte en el sur. Lo recordaba perfectamente; el sol abrasaba en algunos tramos del día, no se divisaba ni una nube en el cielo, y la claridad dañaba los ojos en las horas centrales... pero ese olor a azahar en el aire era mágico, hacía el clima más llevadero, y casi no se sentía el pesado bochorno.

Una de esas cálidas noches, algo me sorprendió bastante: cuando ya estaba acostada y a punto de dormirme profundamente, escuché unos murmullos agudos que provenían del ático. Al principio no le di importancia, pero se iban haciendo más intensos, hasta convertirse en risas que penetraban en los oídos. Llegó un momento en el que me impedían dormir. Bajé las escaleras y vi a la señora Martínez sentada en la salita. Le pregunté el origen de esos ruidos tan extraños, y me dijo que probablemente estaría soñando.

“Podría ser”, pensé. “A veces, con el calor, se tienen pesadillas”.

No le di mayor importancia.

## **Capítulo VIII**

### ***Encuentros***

Una mañana, pedí permiso a la señora Martínez para visitar la biblioteca de la gran ciudad y traer algunos libros nuevos a la finca. No era domingo, razón por la que no me correspondía el día libre, pero doña Mercedes (o señora Martínez, se trataba de la misma persona), accedió sin poner ninguna pega, porque sabía que era necesario traer a la hacienda las últimas adquisiciones de la gran biblioteca de Sevilla. Además, tuvo a bien aconsejarme que, una vez allí, visitara la ciudad y me perdiera por sus callejuelas, porque no me iba a arrepentir.

Al día siguiente salí muy temprano, deseosa de aventura. Cogí uno de los caballos del establo y un zurrón, y partí para la gran urbe. Cabalgaría un par de horas, mientras la brisa matinal me golpeaba suavemente, y así disfrutaría del lindo camino. Después de pasar el día en la ciudad, tenía intención de volver a la finca antes de que oscureciera.

Llegué a mi destino y dejé el caballo en la puerta de la biblioteca.

Sevilla era una ciudad de un exotismo y belleza apabullantes, llena de vida y color, con calles estrechas y laberínticas, fuentes sonando, patios inundados de flores, y el Guadalquivir situado en el centro brillando iluminado por la Torre del Oro. Contemplé carruajes yendo y viniendo, damas con mantillas, abanicos y

vestidos largos buscando la sombra, y caballeros con sombreros hablando de sus cosas.

Entré en un vestíbulo enorme que daba paso a una sala llena de libros. Las mesas eran de madera y la gente leía con atención. El silencio solo se rompía por el crujir de las páginas. Me pasé un buen rato explorando aquellas estanterías. Finalmente metí en el zurrón libros de Jane Austen, Lord Byron, las hermanas Brontë y Julio Verne.

Aproveché para disfrutar de la ciudad antes de regresar a *Villa Aurora*. Se escuchaba el sonido de las campanas de la Giralda. Paseé por el Real Alcázar, caminando entre las fuentes y los naranjos que me protegían de la canícula sevillana.

De repente, cuando iba absorta en mis pensamientos, me tropecé con alguien, estaba distraída y no me fijé bien. Era un caballero, ambos caímos al suelo.

Al levantarme, me encontré de frente con un hombre de entre treinta y cinco y cuarenta años, alto y elegante, con mirada penetrante y sonrisa encantadora. Su pelo era oscuro y su voz grave, vestía con ropa cuidada, y su apariencia era muy agradable. Le envolvía un aire de misterio que le hacía todavía más atractivo.

—¿Se puede saber qué está haciendo? —me interrogó con unos modales nada adecuados—. ¡Casi me rompo la nariz! ¡Tenga cuidado por dónde va! —continuó diciendo con desprecio.

Me levanté rápidamente, me sacudí el polvo y le pedí disculpas. El señor suavizó el tono, pero aún seguía furioso:

—¿Es usted de por aquí? ¡Qué ímpetu, señorita!

—No, no soy del lugar; soy de Vallefrío, un pueblo blanco andaluz lejos de Sevilla. Pero ahora vivo en una finca a unos veinticinco kilómetros de la capital. Me acercaba a la biblioteca a tomar prestados algunos libros, pero ya me iba. Quiero llegar antes de que anochezca —le respondí titubeante.

—Pues tenga más cuidado la próxima vez —zanjó aquel señor enigmático, un poco más calmado.

Me debatía entre la sorpresa y la molestia, me sentí inexplicablemente atraída por aquel caballero de modales infernales y voz profunda.

Cogí el caballo, con la saca llena de libros, y regresé a *Villa Aurora*. No quería que se hiciera de noche en el camino...

Mientras cabalgaba de vuelta, no podía dejar de pensar en el encuentro o, mejor dicho, el desencuentro con aquel caballero. A pesar de su brusquedad y arrogancia, me resultaba misterioso y atrayente. El paisaje que me rodeaba apenas se registraba en mi mente, porque mis pensamientos me envolvían hasta tal punto que el camino se me hizo muy corto. Cuando llegué a la hacienda, la noche ya había caído. La casa iluminada con velas y con la luz de la luna llena me pareció más acogedora que nunca.

No tenía apetito. Subí a mis aposentos, necesitaba retirarme a descansar. Cogí una vela de la sala principal donde se encontraba la señora Martínez leyendo y tomando una infusión, como hacía cada noche. Le conté con todo detalle mi día, mis impresiones de Sevilla, de la biblioteca, de los parajes tan impresionantes con

los que me había topado en el camino, de todo. No tenía oportunidad de salir mucho de *Villa Aurora*; y sin duda, había sacado provecho de la jornada al máximo.

Me dio una buena nueva: el señor Alcázar del Valle acababa de llegar a la finca. El servicio le había preparado su cuarto, y él había pedido expresamente conocer a la institutriz de Emily. La audiencia se produciría después de la cena del día posterior.

Esa noche me acurruqué entre las sábanas frescas de mi cómoda cama. Cerré los ojos y reviví cada instante de la excursión. El alboroto de la ciudad, los majestuosos edificios, el Alcázar y, sobre todo, ese encuentro... A pesar de la aspereza inicial de aquel instante, no podía negar el magnetismo que desprendió tanto el desencuentro como el caballero con el que se produjo.

Me dormí entre nerviosismo, curiosidad e intriga. Había sido un día muy diferente a todos los que había experimentado hasta aquel momento desde que llegué a mi nuevo hogar.

Imaginé jardines encantados y miradas intensas... Ni siquiera reparé en que al día siguiente conocería a mi jefe y amo de *Villa Aurora*...

## **Capítulo IX**

### ***Maximiliano Alcázar del Valle***

Don Maximiliano se acostó nada más llegar aquella noche; debía atender asuntos de negocios pendientes a la mañana siguiente y se encontraba agotado por el largo viaje realizado. De hecho, Emily y yo tuvimos que dejar la biblioteca por unos días, ya que iba a utilizarse como sala de recepción de los visitantes. Se nos habilitó una estancia en el piso de arriba para que nos sirviera de aula.

Se respiraba un día distinto, se oía la campanilla y las puertas cerrarse y abrirse más de lo habitual. Fluía un hilo de mundo exterior; para explicarlo en una simple frase: la casa tenía un amo, y a mí me agradaba más de esa forma.

Emily estaba dispersa, inventaba excusas para bajar a la biblioteca.

—*He always brings me presents* —me decía, irradiando felicidad.

Conseguí que no se entretuviera demasiado, y pudimos finalizar las lecciones. Por la tarde, después del almuerzo, hizo un calor sofocante, y ni siquiera pudimos salir al jardín. Nos quedamos en nuestra nueva aula, dotada de grandes ventanales. La luz que entraba calentaba aún más la estancia y, además, no corría ni una brizna de aire. El ardor que sentíamos era insoportable. Me dispuse a cerrar las cortinas, pero seguíamos acaloradas y decidimos irnos a mi cuarto, que era un poco más fresco. Allí terminamos de leer y de cubrir las lecciones del día siguiente, de modo que Emily pudiera dedicar tiempo al señor Alcázar del Valle.

Cenamos las tres, como de costumbre. Le pregunté a la señora Martínez si era necesario que me cambiara de vestido para la audiencia con el señor.

—Sí, más vale; yo siempre me visto para las veladas cuando él está aquí —me aconsejó.

Según las pocas nociones que tenía de vestuario, entendí que debía llevar algo correcto sin ser demasiado sofisticado. Dicha sea la verdad, es que solo tenía un traje para los eventos más ceremoniosos. Estaba un tanto nerviosa. Nunca había sido convocada de una manera tan formal.

Llegó el momento esperado; entramos Emily, la señora Martínez y yo en el elegante aposento. Las cortinas estaban echadas porque todavía quedaba luz fuera y se quería crear un ambiente más íntimo. Había velas encendidas por todas partes para dar más solemnidad al momento.

Emily corrió alegre al encuentro de su tutor, el señor la besó en la frente y ella se sentó a sus pies.

—*Where is my present, dear sir?* —preguntó la niña.

—Lo tiene Louise; ve a cogerlo, Emily —contestó.

Reconocí a aquel hombre del desencuentro sevillano. ¡Era él! Sus ojos oscuros como el azabache, su porte elegante, la decisión de sus gestos, la barbilla y la mandíbula adustas, aquel carácter impregnado por cierta cólera. No había error posible: sí, era él.

Apenas levantó la mirada.

—Aquí está la nueva institutriz, la señorita Leonor Polo, señor —dijo la señora Martínez con esa calma habitual que la caracterizaba.

Él hizo una inclinación con la cabeza, y le pidió a la doña Mercedes que se retirara. Nos quedamos a solas. Me senté frente a él; me había tranquilizado bastante. Un recibimiento cortés me habría dejado ciertamente confusa. Era excéntrico y educado, se mantuvo inmóvil, me miró fijamente sin apenas mediar palabra. Al cabo de unos segundos, me preguntó si quería un vaso de agua, una infusión o lo que fuera; yo accedí. Entonces, se apresuró a tocar la campanilla.

Enseguida vino una sirvienta con una jarra de agua con hielo y limón y dos vasos, nos sirvió y se retiró.

—Así que es usted —afirmó el señor—. ¡Vaya sorpresa! —añadió con ironía.

La conversación fue larga y tensa. Me hizo preguntas muy concretas.

—Lleva usted unos meses en mi casa, ¿De dónde viene exactamente? —se interesó.

—Del hospicio de San Bernardino, en Madrid, señor —respondí.

—Tengo entendido que es una institución benéfica. ¿Cuánto tiempo pasó allí?

—Ocho años, señor.

—Bien. ¿Tiene usted padres, hermanos o alguna familia? —continuó el interrogatorio.

—Pues no, señor; tan solo una tía a la que no veo desde hace ocho años —le contesté.

—¿Por quién vino recomendada?

—Puse un anuncio en el periódico, y la señora Martínez respondió, señor.

Entró doña Mercedes en la estancia, y contestó a las preguntas que aquel caballero un poco deslenguado le hizo sobre mí. Le respondió que daba gracias a la Providencia por haberme encontrado. Me sentí tan feliz como abrumada.

El señor Alcázar del Valle le pidió que no me alabara tanto, y le contó el encuentro en Sevilla y la torpeza de mi persona.

—Gracias, señora Martínez. Puede usted retirarse; cuando la necesite, se lo haré saber, pierda cuidado —agradeció don Maximiliano.

Continuó haciéndome preguntas concisas: sobre mi estancia en Madrid, el hospicio, mi afición a la lectura, mi edad, qué tipo de pintura me gustaba... y finalmente me preguntó si tocaba el piano.

—Un poco —respondí modestamente.

Me invitó pasar a la sala donde se encontraba el piano, y me pidió que tocara algo.

—Voy a tocar el *Vals del minuto* de Chopin, señor —le anuncié, y así hice.

Su cara se iluminó levemente por primera vez en toda la velada al escuchar aquella delicia.

—El *Vals del minuto* fue compuesto por Frédéric Chopin, que fue un compositor y pianista polaco del Romanticismo. Su música es muy emotiva y expresiva. Es uno de mis favoritos; y de una forma autodidacta, aprendí a tocarlo en el viejo piano que albergaba la capilla del hospicio, señor —le expliqué.

Después de escuchar la pieza, no dijo nada; tan solo se limitó a pedirme mis acuarelas para ver mis dibujos. Me preguntó que de dónde los había copiado, y yo le contesté que todo lo que dibujaba estaba en mi cabeza. No solía copiar sino crear; era la parte que más me atraía del arte.

—Según me comenta, ha disfrutado usted de pocos placeres en la vida. ¿Me permite preguntarle si es usted feliz cuando pinta? —se interesó.

Le contesté que en el hospicio no tenía otra cosa que hacer, porque eran las vacaciones y pasaba dibujando largas horas durante el solsticio de verano:

—Recuerde, señor, que muchas de las niñas del hospicio, entre ellas yo, no teníamos casa a la que acudir en fechas señaladas. Pero también le digo que no tengo la suficiente habilidad ni conocimientos para desarrollar la pintura como a mí me gustaría.

Me respondió seco y breve:

—Señorita Polo, son las nueve y media. Emily está levantada, y es muy tarde; así que no le haga esperar mucho más, acompáñela a acostarse —me ordenó a la vez que volvía a tocar la campanilla.

Emily entró en la habitación del piano y se acercó a besarle antes de dormir. Le deseó las buenas noches y le agradeció la bella muñeca con ropas de seda que había tenido la generosidad de regalarle.

—*Thank you, sir* —le dijo la niña con su acento sutil y su voz de terciopelo.

Antes de dirigirnos a nuestros aposentos, le hice una reverencia y recibí a cambio una fría inclinación de cabeza.

Acompañé a Emily a su habitación, y Louise, su *nanny*, se encargó de acostarla.

Inmediatamente después, me reuní con la señora Martínez antes de irme a dormir.

Me preguntó sin rodeos:

—¿Qué le ha parecido el señor de la casa?

—Pues muy variable y brusco, doña Mercedes.

Ya la empezaba a llamar con más asiduidad “doña Mercedes” que “señora Martínez”.

—Hay que acostumbrarse a sus modales... y disculparle. Tiene un carácter agrio; pero es porque le asedian ideas y pensamientos en la cabeza. Su vida, aunque no lo parezca, es complicada. Hay detrás muchas desgracias familiares —me confió.

—¿Tiene familia? —pregunté.

—Ahora no; pero la ha tenido. Rompió con casi todos ellos, y perdió al único hermano que le quedaba cuando era muy joven. Jamás habla de él. Desde hace tiempo, su vida es errante. No para mucho por *Villa Aurora*, y no es de extrañar que no esté mucho por aquí —me contestó.

—Ah, entiendo... pero ¿por qué ha de evitar la casa? Aquí les tiene a ustedes y a Emily.

La señora Martínez no sabía o no quería darme información clara sobre las penalidades del señor Alcázar del Valle. Era evidente que no era un tema de su agrado.

—Buenas noches, doña Mercedes, vaya usted a descansar, ha sido un día intenso —le deseé a la Señora Martínez.

Me acosté pensando en aquel hombre atractivo, intrigante y tosco, de una inteligencia inusual y un aire melancólico. Rondaba en mi interior una curiosidad inexplicable.

“¿Qué secretos guardará?”, me pregunté.

Me abandoné en brazos de Morfeo...

De repente, unos ruidos que provenían del ático otra vez me impedían dormir, como ya me ocurrió en otra ocasión. Eran risas extrañas, como si fueran ecos lejanos. Crujían pasos sobre la madera carcomida por el tiempo. Salí al pasillo con una vela en la mano y vislumbré una sombra. Me tensé, mi corazón latía a mil por hora y era presa del pánico.

¿Qué demonios estaría ocurriendo allí arriba?

Todo se calmó.

Mañana hablaría con doña Mercedes...

## Capítulo X

### *Confesiones*

Finalmente, conseguí quedarme dormida; aunque no pasé muy buena noche por culpa del ruido del ático. Como había planeado, pregunté a la señora Martínez sobre el asunto. Sin embargo, esta evitó responder directamente a mi pregunta.

Insistí:

—¿Ha oído usted esta noche ruidos provenientes del ático?

Ella, con una sonrisa forzada, le quitó importancia al asunto:

—Eso son imaginaciones tuyas, señorita Leonor; ayer tuvo usted un día de emociones encontradas.

Doña Mercedes zanjó la conversación de un plumazo. Había mucho trabajo que hacer debido a la llegada del señor, y las charlas debían dejarse para otro momento más adecuado.

No quedé muy convencida, pero asentí y dejé el tema. Sin embargo, en mi interior sabía que allí pasaba algo que la señora Martínez no me quería contar...

A partir del día en que nos entrevistamos, vi poco al señor Alcázar del Valle. Estaba siempre ocupado con sus negocios. Recibía continuamente visitas de los caballeros de la provincia en la biblioteca, y a veces se quedaban a comer o a

cenar en la hacienda, por eso era difícil coincidir con él. Ciertamente era un hombre con mucho mundo.

Me di cuenta enseguida de que era una persona de altibajos emocionales. Dependiendo del día, me saludaba o no. Nos cruzábamos en muy contadas ocasiones, y cuando le placía, me regalaba una mirada impasible como mucho.

Una tarde, antes de la cena, me trajeron el recado de que bajásemos Emily y yo para conversar con el señor sobre los avances de la muchachita.

Llegamos al comedor, las cortinas colgaban espléndidas. Todo estaba en silencio. La estancia era grande. Él yacía sentado en su sillón tapizado de tela de damasco que aun resaltaba más con la luz. El señor Alcázar del Valle tenía un aspecto diferente del que había mostrado hasta entonces, no tan severo, más natural; e incluso lucía una leve sonrisa que le hacía todavía más atractivo. Le brillaban los ojos. Comparado con la rigidez de días anteriores, le encontré más amable y dicharachero.

Emily se sentó con sus juguetes al fondo de la sala. Yo me senté frente a él. Estuvimos unos instantes en un rotundo silencio que se me hizo eterno.

Su primera pregunta fue ciertamente desconcertante:

—Me examina usted, señorita Polo. ¿Me encuentra apuesto?

—Pues no lo sé, señor. No es el tema por el que bajo a hablar con usted; y dicho esto, ruego me disculpe por la franqueza —contesté, totalmente confundida. Me sentía fuera de lugar e intimidada por aquel caballero.

Después de un tiempo de charla y de hablar de los aprendizajes de Emily, me empecé a encontrar más cómoda. Por lo que pasó después, me di cuenta de que él también.

Me confesó que cuando tenía mi edad, era un sujeto dotado de grandes sentimientos, amigo de los desamparados y los desventurados; pero los golpes de la vida le habían hecho duro y recio. Añadió que tenía la esperanza de volver a toparse con aquel Maximiliano inocente y noble. Era la primera vez que oía su nombre...

—Hábleme de usted, señorita Polo —me ordenó (sonaba a orden más que a petición).

—¿Sobre qué, señor?

—Elija usted el tema y el cómo exponerlo —insistió.

Me quedé callada.

—¿Es usted muda, o más bien tozuda? —preguntó con ironía.

—Estoy dispuesta a darle conversación, señor; pero no sé qué tema podría interesarle. Usted es un hombre de mundo. Prefiero que me pregunte y procuraré contestarle.

Tuvimos una conversación breve sobre mi vida en el hospicio, y acerca de la razón por la que había dejado mi pueblo, Vallefrío, y posteriormente me hizo una importante confesión:

—Cuando era joven emprendí un rumbo erróneo, y desde entonces divago entre el bien y el mal. No soy como usted, que se la ve bondadosa de espíritu. Tener la

conciencia limpia es algo francamente envidiable. Me encantaría poder sentirme inmaculado, sin nada de qué arrepentirme. Entiendo que debe ser un tesoro y un gran placer hacer el bien sin preguntarse por qué. Vivir con remordimiento es difícil de asimilar.

>>El arrepentimiento es lo único que me queda; por eso decidí adoptar a Emily, esta pobre muchacha. Supongo que le habrán contado la historia falsa de que su madre era marchante de arte y falleció de tuberculosis y su padre murió cuando ella era un bebé. La realidad es que su madre era una bailarina inglesa de una belleza extraordinaria, un tanto casquivana, de la que enamoré perdidamente; le di parte de mi fortuna y ella me compensó con irse con otros hombres. Yo no quiero hablarle de mi situación personal en aquel momento, pero no era fácil. Sufrí mucho.

>>Del día a la mañana desapareció y dejó a esta niña sola, la cual no sé si es mía; aunque me temo que no. No se sabe a día de hoy si esa señora está viva o muerta. La niña quedó desamparada, sin hogar, oficio ni beneficio. Me la traje a *Villa Aurora* y la adopté legalmente. Ella cree que su madre la adoraba y que falleció a causa de una enfermedad. Es lo que le conté para que no sufriera. Supongo que eso me ayuda a enmendar muchas culpas.

>>Mis años mozos concluyeron, pero la vida me ha dejado esta florecilla inglesa; a la que a veces, según el humor que tenga, tolero más o menos. Pero la quiero. y es un regalo que me hace continuar en este camino de rosas y espinas.

Le escuché con atención, era una de mis virtudes; según me decía la gente, sabía escuchar. Yo apenas dije nada. Cuando acabó la conversación me agradeció que

tanto Emily como yo le hubiéramos acompañado en esa velada tan agradable. Después se excusó porque, aunque en un principio tenía intención de cenar con nosotras, le habían surgido unos asuntos de última hora que debía tratar urgentemente, y no iba poder ser. Se despidió de mi persona con una inclinación de cabeza y me dijo:

—Señorita Polo, ese aire de confundida le favorece.

Me retiré con una reverencia y una ligera sonrisa.

La cena fue muy rica aquella noche. Cuando estaba el señor de la casa, el esmero en preparar los platos y la mesa era mayor. Empezamos con un gazpacho fresquito, seguido de pescado a la plancha con verduras del huerto. De postre tomamos fruta fresca y para terminar la velada, se nos ofrecieron unos dulces árabes que yo ya no pude aceptar. Todo ello servido en una vajilla de porcelana inglesa, con delicados motivos florales y con ribetes plateados. Las copas de cristal tallado y la cubertería de plata completaban la mesa.

Cuando me retiré a mi cuarto por la noche, repasé con detenimiento el relato que me había contado el señor Alcázar (permítanme que desde ahora retire “del Valle”). La pasión de un caballero por una dama era algo que pasaba con frecuencia en la sociedad; pero en sus palabras y en su arrebato de emociones hubo un matiz francamente extraño que me indicaba que debía existir algo más.

La confianza que había depositado en mí parecía un regalo a mi discreción. Lo acepté encantada; de hecho, me llenó de orgullo y alegría.

Caí rendida una noche más.



## Capítulo XI

### **Fuego**

Hacía ya unas semanas que el trato del señor hacía mí había cambiado de forma exponencial. Ya no tenía esa sensación inicial de que mi presencia en la hacienda le estorbaba. No era altivo hacia mi persona, sino más bien todo lo contrario. Cuando se cruzaba conmigo en cualquier lugar de forma inesperada, siempre tenía una sonrisa, incluso una palabra amable. Llegó un momento en que parecía que me buscaba para hablar. Se volvió comunicativo, y a mí me agradaba su conversación, su naturalidad, sus modales y su enigmática mirada. Ese hombre me atraía cada vez más. Nunca había sentido algo así... Ese interés hacia un ser humano tan distinto de lo que había vivido anteriormente me hacía inmensamente feliz.

El señor Alcázar seguía siendo severo y con un humor cambiante; pero yo ya lo sabía y estaba acostumbrada a lidiar con su rudeza hacia el servicio de la casa e incluso hacia mí misma. También era conocedora de que todo aquello era fruto de un dolor que provenía de su interior y que yo quería ayudar a mitigar, aunque no supiera exactamente de qué se trataba.

Los días pasaban y yo disfrutaba de la compañía de todo y de todos: de Emily, de doña Mercedes, de Louise, de *Villa Aurora*, de toda la gente que allí habitaba;

pero, sobre todo, sentía una gran gratitud al universo cuando me encontraba con el señor Alcázar.

Una noche más, me quedé dormida recapitulando mi intenso día...

De repente, un fuerte olor a quemado y a humo inundó el pasillo que daba a mi aposento, despertándome de mi sopor. Abrí los ojos atenazada por el pánico. Una espesa humareda salía por debajo de la puerta del señor Alcázar. No dudé ni un instante, corrí hacia allí y comencé a golpear su puerta, gritando la palabra:

—¡FUEGO, FUEGO!

Tras unos segundos, la puerta se abrió y el señor apareció con el rostro ennegrecido, desplomándose en el suelo. Era muy pesado para mí, pero saqué fuerzas de flaqueza para arrastrarlo y ponerlo a salvo justo cuando las llamas ya estaban lamiendo el marco de la puerta. Pedí ayuda, y varios sirvientes acudieron con cubos de agua y mantas para amainar las altas llamas antes de que se extendieran por toda la casa.

El señor abrió los ojos. Su cara estaba tintada de gris y muy caliente, su mirada era de terror; pero cuando me vio, suavizó la expresión y me esbozó una leve sonrisa, diciendo con una voz casi imperceptible:

—Me ha salvado la vida.

Yo, conmovida, aparté mis ojos de los suyos. Aquel caballero me seguía imponiendo más de lo que me hubiera gustado, incluso en esas difíciles circunstancias.

Le contesté:

—Cualquiera habría hecho lo mismo.

En mi interior, el corazón latía con tesón. Había tenido un pavor desmesurado por unos momentos. Ahí fue cuando me di cuenta de muchas cosas.

Tras el sobresalto del incendio, la vida en la finca volvió poco a poco a la normalidad. Todo iba tomando su ritmo habitual. Se limpiaron los restos del fuego, mientras el señor de la casa se instalaba temporalmente en otra estancia.

Yo seguía con las clases, aunque mi mente me traicionaba a menudo con recuerdos de aquellos momentos y con la imagen de don Maximiliano a punto de ser quemado por las llamas. Daba gracias encarecidamente a que todo se hubiera quedado en un susto.

Por otro lado, mis sospechas de que pasaba algo en el ático de la casa se incrementaban cada día más; incluso llegué a pensar que el fuego había sido provocado por alguien que habitaba en aquel lugar. Mi intriga era ya insostenible. De vez en cuando seguía escuchando aquellos ruidos extraños. Sentía que allí se ocultaba algo importante.

Una noche oí un ruido como un grito agudo, proveniente de la buhardilla, y fue cuando con determinación y sin rodeos decidí informarme ya de una vez por todas acerca del enigma del ático.

La mañana siguiente, mientras la señora Martínez y yo desayunábamos en el invernadero, reuní el valor suficiente para casi exigir una explicación a tanto misterio.

Ella suspiró, y me explicó que se debía a varias razones; por un lado, se almacenaban muebles viejos de la familia Alcázar y, con el viento, a veces se movían provocando golpes y ruidos extraños. Por otro lado, me dijo que las criadas a veces subían allí a charlar; aunque solo a las más antiguas se les permitía el acceso. También se colaban gatos en ocasiones y maullaban, incluso podía haber pájaros. Me concretó que un sinfín de historias acontecían en aquel tenebroso lugar escondido a la mayoría.

Asentí, pero no me quedé plenamente convencida. Quise seguir preguntando, porque en mi interior persistía la duda.

Pregunté también a varios sirvientes por el ático, y obtuve exactamente la misma respuesta; pero, aunque me parecía vaga, terminé aceptándolo y decidí no investigar más. Algún día, si llegaba el caso, le preguntaría directamente al dueño de la casa.

Seguí ejerciendo mi trabajo y admitiendo que podía estar equivocada. Pudiera ser que lo que me habían contado fuera la verdad. “¿Por qué no iba a ser real lo de los muebles, el viento, los animales y el lugar de recreo del servicio más antiguo?”, pensé. Decidí cerrar por el momento el capítulo de la buhardilla y no obcecarme en aquel misterio. Me tranquilicé, pasé página y dejé de lado mis sospechas sobre el asunto.

Me centré en mi vida de institutriz, disfrutando de los progresos de Emily y de su tierna compañía; también de nuestros divertidos juegos en el jardín. Me animé a dar paseos a caballo por los alrededores de la finca, explorando el bello paisaje de mi tierra. Salía muy poco de la hacienda, tan solo algún día que iba a Sevilla

esporádicamente, sobre todo a la biblioteca a devolver algunos libros; y por qué no, aprovechaba para admirar a sus gentes, disfrutar de sus olores a azahar y a incienso, escuchar el bullicio de los mercados, y contemplar el sol que doraba las fachadas de las casas. Me maravillaba la Giralda, y el ir y venir de los barcos en el Guadalquivir.

De vez en cuando el señor Alcázar me pedía explicaciones sobre los avances de Emily. Eran encuentros muy enriquecedores, porque acababan en conversaciones donde tratábamos todo tipo de asuntos. Era muy gratificante hablar con un hombre de tan vasta cultura. Aprendía siempre cosas interesantes.

Tuve ocasión de conversar con él acerca del incidente del fuego. Al parecer estaba leyendo en la cama y se quedó dormido con la vela encendida; desgraciadamente, se prendieron las cortinas.

—Pero por fortuna, alguien en esta casa tiene un olfato muy fino... —me dijo con una sonrisa de agradecimiento.

Un buen día, en esas reuniones cada vez más anheladas por mí, con voz suave pero firme, le pregunté por el ático y los extraños ruidos. Siempre había tenido pendiente sacar ese tema. Fui directa y lancé mi cuestión:

—¿Es cierto que en el ático habitan animales extraños y hay muebles que se mueven? Tenía pendiente una conversación con usted acerca de ese lugar, señor.

Me dio todo tipo de explicaciones, convenciéndome de que efectivamente aquel era un lugar viejo, lleno de corrientes de aire, y que algún animal entraba a veces,

lo que provocaba esos sonidos alarmantes. Me aseguró que no tenía nada de lo que preocuparme, que todo tenía una explicación lógica.

Yo, aunque confieso que con cierta reticencia al principio, decidí que lo que decía era la realidad, y por supuesto no dudé en confiar en él.

Al fin y al cabo, ¿qué podía haber tan importante en el ático?

## Capítulo XII

*Amalia Valcárcel*

Una mañana más me desperté, como cada día desde que llegué a *Villa Aurora*, llena de energía y con ganas de comenzar una nueva jornada. La luz del tibio sol entraba por el ventanal de mi amplio cuarto. Me desperecé, dispuesta a disfrutar de una buena taza de café, para posteriormente sentarme con Emily y continuar con nuestras lecciones. Ya hacía seis meses que había llegado a aquella linda y acogedora casa. Era feliz de verdad y, sobre todo, sentía una grata calma en mi interior. “El tiempo vuela”, pensé.

Bajé al comedor, pero no escuché las voces habituales, ni tampoco vi a nadie desayunando. Me extrañó, y me acerqué a la cocina.

—Esta mañana no he oído la voz del señor Alcázar —quise informarme por boca del servicio.

—El señor ha salido. Afortunadamente, ha amanecido un día favorable para su partida —contestó una de las cocineras

—¿ El señor ha emprendido un viaje? No sabía que hubiera marchado —dije con asombro.

A la vez que sorprendida, me sentí confusa y dolida. Percibí un vacío repentino, y experimenté un escalofrío incontrolable por todo mi ser. Decidí indagar y le pregunté directamente a la señora Martínez. Ella me confirmó que se había ido a

casa de la familia Valcárcel, y que era muy probable que se quedara allí incluso dos semanas; a veces lo hacía para fomentar sus actividades sociales.

Me contó que los Valcárcel eran personas refinadas y de buen gusto, que se reunían con la flor y nata de la sociedad, a la que también pertenecía nuestro querido señor Alcázar del Valle, hombre muy apreciado por las damas.

—¿Hay damas en la familia Valcárcel? —le pregunté.

—Sí, claro. La señora Valcárcel tiene dos hijas elegantísimas; pero sin duda la belleza de la señorita Amalia, que es la mayor, es reconocida en la comarca. Después esta su hermana Rosa María, que no es tan agraciada, pero es muy noble, dicen por ahí. Vi a Amalia, hace cinco o seis años ya; era una mujer de bandera con tan solo dieciocho años —me contestó.

—Señora Martínez, ¿cómo es la señorita Amalia? —continué la conversación.

—Esbelta, con una melena rubia que le cae en ondas sobre los hombros, y unos ojos verdes que brillan con intensidad. Su piel es blanca y tersa, su sonrisa encantadora. Viste con elegancia y distinción, y no pasa desapercibida. Dicen que es muy talentosa. Canta y toca el piano —me contó.

Parecía encantada de conocer a aquella gente de tan alta alcurnia y así poder informarme de sus entresijos.

—¿Y esa dama tan bella y culta no se ha casado nunca? —seguía indagando sobre aquella mujer.

—Parece ser que no; tengo entendido que ni su hermana ni ella tienen grandes dotes que ofrecer —respondió.

—Me extraña que ningún noble o caballero rico se haya prendado de ella. Por ejemplo, el señor Alcázar es rico, ¿verdad? —yo quería saber más.

—Ciertamente; pero hay una diferencia de edad considerable: el señor tiene casi cuarenta años, y la señorita Amalia veinticuatro o veinticinco —dijo.

—¿Y qué más da? Cuántos matrimonios desiguales hay en esta época, señora Martínez —argüí con interés.

—Bueno, vamos a nuestras tareas, que creo que usted todavía no ha probado bocado, señorita Polo —finalizó así la conversación.

Me quedé sola con mis pensamientos. Repasé toda la información obtenida en la charla con la señora Martínez; me miré fijamente en un espejo, y me puse la mano en el pecho. Mi corazón me dictaba un texto, mi cabeza me dictaba otro completamente diferente. Mi mente iba derrotando lentamente a mi alma, a mi corazón, a mis sentimientos...

No había un ser más estúpido que yo misma, creyéndome la favorita del señor Maximiliano Alcázar del Valle, ni más ni menos. Vaya idiota, la institutriz pobre y corriente, que juega a ser dama.

—Pero por Dios, Leonor, cada vez que te venga a la mente que el señor Alcázar tiene buen concepto de ti, piensa en la bella, elegante y talentosa Amalia, dama de alta alcurnia y sonrisa de perlas, y afronta lo que eres: una plebeya insignificante al lado de toda esa gente que derrocha elegancia —me dije a mi misma frente al espejo.

El día se me hizo eterno, pero cuando tomé la determinación de asumir la cruda realidad, me tranquilicé y me quedé dormida. Al fin y al cabo, mi vida había sido eso; someter a mis sentimientos a una disciplina férrea.

Pasó una semana, y no hubo nuevas del señor Alcázar. La señora Martínez me dijo que en alguna ocasión había marchado a Madrid desde donde fuere y había tardado meses en volver. A mí se me encogieron las entrañas, pero enseguida supe mantener esas emociones a raya. Superé aquel despropósito temporal y rápidamente volví en mí.

“Que no tienes nada que ver con el dueño de *Villa Aurora*; recibes el sueldo por instruir a la niña de sus ojos, y además debes estar agradecida por su trato respetuoso e incluso amable. Tú, Leonor, no perteneces a su clase”, volvió a hablarme mi interior.

Retomé mis tareas diarias, empecé a barajar la idea de que debía marcharme de esa casa. Podría enviar anuncios a otras casas, como hice la primera vez. De repente, no estaba a gusto allí; poco a poco iría tomando decisiones. Por el momento, atendía a mi cometido, que era la instrucción de la pequeña Emily.

Una mañana tempranera, la señora Martínez reunió a todo el servicio de la casa para darnos la siguiente noticia:

—El señor regresará a *Villa Aurora* dentro de tres días exactamente, y no vendrá solo, sino con la familia Valcárcel y la familia García-Morales. Manda instrucciones para que se preparen los dormitorios para los invitados y que se haga limpieza en toda la casa.

Se me derramó la taza que tenía en la mano. No era difícil averiguar el porqué, era evidente; mis nervios estaban a flor de piel.

La señora Martínez engulló su desayuno y alentó a todos para que se apresurasen y comenzaran los preparativos. Se limpió todo a fondo: lámparas, cortinas, alfombras, cuadros, vajillas, espejos... Se prepararon las mejores habitaciones para tan ilustres invitados. Se hicieron dulces y tartas. No se paraba ni un solo minuto en la hacienda.

Llegó el viernes, que era el día de arribada de los invitados y del propio señor; la noche anterior se había finalizado todo el trabajo y se había hecho con el mayor sigilo posible. Había amanecido un bello día de otoño, sereno y fresco. Yo estaba en la biblioteca con Emily leyendo, cuando súbitamente oímos la voz agitada de la señora Martínez:

—¡Aquí llegan!

Emily se asomó a la ventana al oírla. Mi curiosidad era enorme, y también me acerqué al mirador. Se escuchó el ruido de ruedas y caballos. Vi al señor Alcázar montado en su alazán, y a su lado cabalgaba una dama de extraordinaria belleza. Eso fue lo que alcancé a divisar... suficiente. Continué con mi tarea.

—Emily, seguimos, por favor —le dije a la pequeña.

Escuché a todos acercarse al enorme vestíbulo, se oían risas y sonidos de puertas.

Los invitados entraron en *Villa Aurora*.

La cena estaba preparada en el salón, pero primeramente debían dejar sus pertenencias en los aposentos e instalarse en sus respectivas habitaciones.

“¡Madre mía! En mi vida había visto tantas personas que desprendieran ese halo de señorío”, pensé.

—*Really beautiful ladies!!* —exclamó Emily. Y yo asentí.

Acompañé a la niña a cenar y la llevé a su habitación. Le estuve contando cuentos un buen rato para que se durmiera, porque estaba muy agitada por la llegada de tanta gente; además se oían música y cantos. Afortunadamente se le empezaron a cerrar los ojos, y aproveché para irme yo también a dormir. El ruido me impedía conciliar el sueño. Pude escuchar risas y charlas, y fue alrededor de la una cuando los invitados se retiraron a sus habitaciones. Me costó, pero por fin conseguí irme adormeciendo poco a poco.

Al día siguiente, el grupo se dedicó a hacer una excursión a caballo. Se animaron todos, tanto los Valcárcel como los García-Morales. La señorita Amalia cabalgaba como el día anterior al lado del señor de la casa. Ambos iban un poco separados de los demás. En total eran diez personas, contando también al señor Alcázar.

Con cierto enfado, aunque mi mente era recia, y sabía que mis sentimientos no tenían nada que decir, me atreví a comentar algo a la señora Martínez, que estaba conmigo junto a la ventana:

—Dijo usted que no era probable que pensaran en casarse, pero se habrá dado cuenta de que es evidente que la prefiere a ella a las demás damas.

—Bueno, no cabe la menor duda de que la admira —contestó a mi comentario.

—Y ella a él —añadí.

—¡Ah, por cierto! Señorita Leonor, esta noche podrá conocer a los invitados, porque el señor me ha pedido que bajaran usted y Emily a compartir velada con ellos —dijo la señora Martínez.

—Yo no voy a bajar; acompañaré a Emily y me retiraré. Estoy segura de que el señor me ha invitado por pura cortesía y, aunque se lo agradezco mucho, no soy persona de ese tipo de encuentros—le contesté.

—Ya me anticipé, querida Leonor, y le dije que usted no estaba acostumbrada a una reunión llena de desconocidos, dado su carácter solitario. Y su respuesta fue de lo más contundente: que, si ponía alguna objeción, iría él personalmente a buscarla; y que era una orden, no una petición —me explicó doña Mercedes—. Baje usted poco tiempo, señorita; déjese ver por el señor y retírese. Nadie se fijará, no se preocupe —me aconsejó.

Y así fue como subí a mi cuarto, busqué el único adorno que tenía, la cruz de madre, y me lo puse para asistir al acontecimiento al que había sido invitada.

## Capítulo XIII

### *La velada*

Entré en el gran comedor. La lámpara de araña estaba prendida, y derramaba una luz brillante a la par que cálida sobre la delicada porcelana inglesa. La vajilla de plata recién pulida y las finas copas de cristal de Bohemia también relucían con todo su esplendor. Todo ello en conjunto adornaba una larga mesa cubierta por un mantel de lino con hilos de oro bordado a mano por artesanas expertas.

Un grupo de damas y caballeros entró en el aposento, y una cortina roja de damasco y seda se cerró tras ellos. Eran diez personas, pero me parecieron muchos más. Les hice una reverencia, y tan solo dos o tres me devolvieron una pequeña inclinación de cabeza; los demás se limitaron a mirarme por encima del hombro.

Les observé uno por uno con detalle y, finalmente, me centré específicamente en la señorita Amalia. Era muy hermosa y elegante; pero su semblante era frío y su arrogancia casi insoportable. Se reía constantemente durante la cena, sus modos eran presuntuosos y sus respuestas a los demás eran con excesiva suficiencia; a veces, rayaban en la impertinencia. Su orgullo era más poderoso que su belleza, o al menos a mí me lo parecía.

Cuando terminamos de disfrutar de los diferentes manjares servidos en la mesa, pasamos al salón de recreo, que también estaba dispuesto para la ocasión. La

señorita Amalia tocó el piano y cantó. Los caballeros que allí había la admiraban, incluido el señor Alcázar. Después de terminar la sesión musical, los flamantes invitados se sentaron a tomar unos dulces, y fue cuando Emily se acercó a la señorita Amalia y le preguntó:

—*How do you do, madam?*

Y ella, sin apenas mirar a la criatura, se dirigió a su hermana Rosa María, exclamando con aire burlón:

—Esta debe ser la protegida de don Maximiliano, la niña inglesa de la que nos ha hablado.

Sentí una punzada en el corazón.

—¡Pobre, mi pequeña! —murmuré para mis adentros

También observaba al señor Alcázar. ¡Qué lejos me sentía de él! Conversaba con las señoras y señoritas de la sala con ese aire de misterio que le caracterizaba. Me había esforzado mucho por refrenar mis sentimientos; pero era muy difícil, y resurgían de vez en cuando.

“Creo que nunca dejaré de admirarlo”, pensé mientras observaba la curiosa velada.

El señor Alcázar y la señorita Amalia se sentaron juntos a conversar, y yo agucé el oído y pude discernir algo de lo que ella decía. Capté algo así como:

—Bueno, don Maximiliano, esa chica feúcha y enclenque que nos acompaña, es la institutriz de su pequeña muñequita, ¿verdad? Debería usted haberla enviado a

un internado; las institutrices son detestables, incompetentes y orgullosas, porque se creen de alta alcurnia, y en el fondo no son más que chusma.

El señor Alcázar apenas respondió a ese comentario tan despectivo, lo cual me alegró enormemente. No esperaba menos de él. Era evidente que era distinto a los demás, y fue entonces cuando empecé a admitir que lo amaba e iba a ser francamente complicado dejar de hacerlo.

Después de la conversación, la señorita Amalia se volvió a colocar frente al piano; esta vez el señor Alcázar la acompañó con su voz aterciopelada y grave. Me sorprendió oírle cantar. Nunca le había escuchado. Todos prestaban atención al dueto, y así aproveché para escaparme cautelosamente por la puerta de servicio. Me dirigí a la cocina, que en aquel momento estaba vacía, y en medio del silencio, me dispuse a prepararme una infusión que me ayudase a dormir. De repente, oí una voz muy conocida detrás de mí.

—¿Nos abandona ya, señorita?

¡Era el mismísimo señor Alcázar! Le contesté que estaba realmente agotada, que había sido un día de nuevas emociones y necesitaba retirarme a descansar. A lo que respondió con su usual ironía:

—¿No está usted un poco triste, o solo me lo parece a mí? Tiene una mirada como ausente que no me gusta nada, querida señorita Leonor e institutriz de la pequeña Emily...

—No, señor, he de decirle que se equivoca usted —le respondí con los ojos humedecidos, sin poder evitarlo. Era más que obvio que no me encontraba a gusto en aquel lugar y con aquella gente tan arrogante.

—Espero verla en más veladas con nosotros; me haría muy feliz, señorita. Muy buenas noches, que descance —se despidió con una sonrisa.

—Me temo que no va a ser así. No es del todo de mi agrado asistir a esos encuentros. Buenas noches, señor —contesté.

Pasaron los días y las noches, y me atrevo a confesar que amaba profundamente al señor de la casa. Ya no podía reprimir lo que realmente sentía. No podía dejar de quererle; incluso a sabiendas de que él se fijaba en otra dama, y que el final de esta historia sería presenciar el matrimonio de aquel hombre con la orgullosa señorita Amalia.

Me consolaba un poco saber que el galanteo que se traían entre manos no parecía muy verdadero, porque aunque la señorita Valcárcel era bella y llamativa, su alma estaba vacía y su mente era paupérrima. Todas sus frases habían sido estudiadas y preparadas de antemano, no le salían directamente del corazón; sus dichos sonaban falsos y artificiales. El modo que tenía de tratar a Emily con un rechazo constante y evidente era del todo insopportable, y además, no se escondía de hacerlo.

No había ninguna pasión en ese juego entre ellos. Estaba casi segura de que el casamiento se produciría por motivos familiares y de conveniencia. Los repetidos intentos de aquella señorita por impresionar al señor Alcázar eran estériles y sin resultado; pero aun así existía un flirteo entre ambos. No se podía negar.

He de decir que no dejaba de sorprenderme que el señor se casara por ese tipo de motivos, ya que le había tomado por un hombre de criterios más sólidos y menos vulgares; pero yo no era nadie para juzgar a nadie. Era tan solo una simple institutriz que habitaba en aquella casa, que cumplía con mi trabajo y nada más. Ese era el fin de la historia. “Oír, ver y callar”, me decía tío Juan cuando conversábamos de las gentes del pueblo; y ciertamente, estaba en lo cierto.

Los días se repetían, los invitados pasaban unos días muy agradables y yo me acostumbraba poco a poco a esa nueva situación en la casa. Solo bajé a cenar con ellos una noche más. Busqué mil excusas para no volver a aquella incómoda mesa, y salvo en esa ocasión, lo conseguí.

Nadie me informaba de cuándo sería su partida; pero no debería faltar mucho, afortunadamente. Me guiaba tan solo por mi intuición.

Una tarde, cuando el sol comenzaba ya a elevarse, bajé a la sala donde me reunía con la señora Martínez para tomar el té, y escuché las voces de los invitados que se despedían uno a uno del señor. Promesas de futuras visitas mutuas llenaban el aire. Los carruajes esperaban pacientemente en la puerta de la hacienda, listos para emprender los caminos y llevarlos de vuelta a sus nobles casas. Mientras se alejaban, la finca se sentía más vacía, a la vez que yo me sentía más llena. Vi al señor despidiéndoles con la mano hasta que el último carruaje se perdió en la distancia.

En aquellos turbulentos días, me di cuenta de que yo no podía continuar en esa casa; era imposible enfrentarme a cada mirada y a cada palabra del señor. Cada roce accidental me quemaba por dentro. Ese lugar, que era mi refugio vital, se

había convertido en una jaula dorada donde mis sentimientos se desbocaban. No podía seguir torturándome con la cercanía de un hombre que nunca sería mío. Tenía que irme, partir de esa casa, huir; pero no era nada fácil. Había construido allí mi hogar, mi familia, mi sustento, mi vida...

## Capítulo XIV

### *El desconocido*

El silencio de la tarde se rompió con el característico y retumbante resonar de cascos de caballo acercándose a la casa. Un jinete desconocido, de figura imponente y enigmática, apareció en la finca deteniendo su corcel frente a la entrada. Desmontó con elegancia, y esa aparición inesperada llenó el aire de misterio.

Un gran número de los habitantes de *Villa Aurora* acudimos con cierta intriga a la puerta para ver quién había irrumpido de esa forma tan repentina. Un hombre de mediana edad hizo acto de presencia. Era muy alto, y de complexión fuerte. Su rostro marcado por el sol reflejaba una vida de aventuras y desventuras. Tenía el pelo negro y los ojos oscuros y profundos. Su vestimenta era elegante, pero estaba muy desgastada por un supuesto largo viaje.

—Buenas tardes —dijo con voz solemne y educada—. Busco al señor Maximiliano Alcázar del Valle. ¿Se encuentra en la residencia?

—Sí, el señor Alcázar se encuentra en el estudio en estos momentos; le aviso y ahora mismo le atiende —contestó la señora Martínez—. ¿De dónde viene usted, caballero? Para informar al señor.

—De Filipinas —respondió.

Sentí curiosidad e inquietud al ver a aquel hombre entrar. Percibí algo extraño en su mirada.

“Ni más ni menos que desde Filipinas”, pensé. “¡Larguísimo viaje!”.

Doña Mercedes fue a explicar lo acontecido y a avisar al señor de la llegada del visitante, y acto seguido, todos los que allí nos encontrábamos pudimos escuchar un grito:

— ¡Señor Ramos! ¡Desde Filipinas!

El señor Alcázar apareció en el vestíbulo con paso rápido. Su rostro reflejaba preocupación, su sonrisa se había congelado, era como si le hubiera dado un espasmo y no se pudiera mover. No se observaba gesto alguno en su cara, totalmente hierática.

No pude evitar preguntarle si le pasaba algo, porque cada vez iba palideciendo más y más, incluso temblaba y se tambaleaba.

El señor le dijo a la señora Martínez y a todos los que allí permanecían, de muy malos modos, que se retirasen de inmediato, y entonces fue cuando se acercó a mí, y me pidió que saliéramos al pasillo... Me rogó que acudiera, yo sola -reiteró que sin nadie más- de nuevo al vestíbulo, y le dijera al señor Ramos que pasara al estudio, donde se reuniría con él, y que después me retirara. Hice lo que me había pedido sin rechistar; luego subí a mi cuarto, y pasado no mucho tiempo, distinguí la voz del señor.

—Por aquí, señor Ramos; este es su aposento.

Su tono de voz había cambiado, era más pausado, y eso me tranquilizó. Enseguida me quedé dormida.

Al cabo de un espacio de tiempo, no puedo discernir cuánto, si mucho o poco, un ruido agudo y salvaje me despertó. Era muy penetrante, y estoy convencida de que se escuchó en toda *Villa Aurora*, e incluso fuera de la hacienda.

El susto fue tremendo. Mi pulso se aceleró. Aquel grito provenía de encima de mi cabeza, de los pisos superiores, probablemente del ático; pero esta vez seguro que no eran muebles, ni animales, ni nada de lo que allí normalmente había. Después escuché:

—¡Socorro, socorro! —seguido de forcejeos y más gritos.

Me vestí corriendo, y salí temblando al rellano. Todo el mundo estaba despierto, se oían murmullos y exclamaciones, se asomaban unos y otros con caras de terror. Las sirvientas corrían de un lado para otro. Se palpaba una confusión muy grande. Alcancé a ver a lo lejos al señor Alcázar con una vela. Bajaba del piso superior.

Una de las cocineras, asustada, le preguntó al señor por lo que había pasado, y le contestó que una de las criadas había tenido una pesadilla.

—Todo el mundo a la cama, por favor, mañana comenzará otro día —ordenó con voz contundente.

Consiguió calmar el ambiente, y todos volvieron a sus dormitorios, incluida yo, aunque con la duda razonable de que ese ruido infernal hubiera provenido de la pesadilla de alguien.

Me disponía a acostarme de nuevo, cuando una mano golpeó mi puerta con fuerza, y podría afirmar que con preocupación.

—¿Quién es? —pregunté.

—¿Está usted levantada? —oí la voz del señor—. Salga usted en silencio —añadió—. Necesito que me vuelva a ayudar, señorita Leonor.

Una vez fuera de mi habitación, me explicó:

—Voy a confiar en usted y solo en usted, en nadie más, para que me ayude en esta misión. Una vez me salvó la vida... Por favor, haga usted lo que le pido; y sobre todo, sea sumamente discreta —me dijo con total secretismo.

Obedecí sin rechistar y caminé con absoluta ligereza. Me llevó a una estancia pequeña cercana al ático. Había una butaca en la que vi a un hombre sentado con la cabeza echada hacia atrás. Era el señor Ramos, y estaba malherido. Su ropa estaba empapada de sangre.

—Sujete la vela —me pidió el señor Alcázar.

Había una palangana con agua en el suelo. Le limpiamos bien la herida entre el señor y yo. Don Maximiliano me ordenó que me quedara con él mientras iba a buscar al doctor del pueblo, pero que no le hablara, ni le preguntara nada. Era una situación desesperante, incluso agónica; porque además de presenciar semejante espectáculo sangriento, de vez en cuando escuchaba ese alarido de fiera que parecía el mismo demonio. ¿Qué clase de ruido era ese? Animales no podían ser. ¿Qué bestia maldita era aquella? Me asaltaban mis propios pensamientos. ¿Qué hacía allí aquel extranjero herido? ¿Quién le había atacado? ¿Por qué estaba tan

apaciguado después de un acto de violencia así? Porque lo que tenía era una mordedura, claramente, se podía intuir la forma de unos dientes en su cuerpo.

La entrada del señor Alcázar con el doctor interrumpió mis pensamientos.

—Le doy veinte minutos para que cure la herida al señor Ramos y sea capaz de partir antes de que amanezca —le dijo el señor Alcázar al doctor con cierto tono de mando.

No pude evitar intervenir.

—¿Está usted seguro de que estará en condiciones de moverse, señor?

—Sí; cuando se le pasen los nervios, estará mucho mejor, ¿verdad, querido Miguel Ángel?

—Casi acaba conmigo, querido Maximiliano —respondió el visitante con voz agónica.

La forma de hablar entre ellos indicaba que se conocían.

Me estaba convirtiendo en una detective sin quererlo, pero la situación era sumamente extraña. Me hacía demasiadas preguntas...

El doctor corroboró que la herida provenía de unos dientes. Le dio una pócima para calmar los nervios y le animó a levantarse con cuidado.

Eran las cinco y media de la mañana, estaba todo en silencio. Reinaba la quietud de la madrugada. El señor Ramos ya caminaba con cierta facilidad. El señor Alcázar, el doctor del pueblo y yo le ayudamos a subirse a un carroaje preparado para que le alejara de la hacienda con premura...

Al volver a la casa, oí la voz del señor que me decía:

—Gracias de nuevo, señorita. Sé que ha pasado usted una noche muy ajetreada, y seguramente habrá tenido miedo ante tanta incertidumbre. Le debo una explicación y se la daré, pero antes...

Arrancó una flor y me la ofreció.

—Muchas gracias, señor. Me gusta mucho —le respondí.

El cielo lucía espectacular. Las nubes se empezaban a disolver ante el inminente sol. Pude disfrutar del bello amanecer.

## Capítulo XV

### *El secreto del ático*

El señor Alcázar me había citado para que compartíramos el refrigerio matinal. Normalmente le gustaba desayunar solo, pero había prometido desvelarme lo ocurrido en el ático la noche anterior; tanto la verdad sobre el señor Ramos, como el porqué de la brutal mordedura en su cuerpo.

Apenas había dormido, pero a pesar del cansancio, me arreglé un poco más de lo normal para el encuentro. Me recogí el cabello en un moño bajo como hacía siempre, pero esta vez dejé escapar algunos mechones que enmarcaban mi rostro y disimulaban un poco las ojeras. Me puse un poco de carmín en los labios y me dispuse a bajar a la sala.

La luz sureña se filtraba por los grandes ventanales del comedor, iluminando la mesa elegantemente preparada. El aroma a café recién hecho y a pan tostado inundaba la estancia. Me senté frente al señor y compartimos unos minutos de silencio abrumador y de gran expectación. Él, con una mezcla de nerviosismo y determinación, me miraba con amabilidad, dispuesto a compartir conmigo algo importante; y yo, con la curiosidad a flor de piel, esperaba con ganas tal revelación.

—Y bien, señor, dígame.

—Señorita Leonor, como le dije, le voy a contar la verdad sobre el ático. Bien es cierto que hay muebles, viento, animales, corrientes... pero hay algo más que no le he contado —me dijo.

Le escuché atentamente...

Me explicó que allí habitaba una criada que llevaba mucho tiempo trabajando en la casa, que ya era muy mayor y también muy buena persona; pero que desgraciadamente, tenía un problema de demencia. A veces se ponía extremadamente agresiva, y atacaba cuando iban a verla o a darle de comer. Había que tenerla controlada para que no se procurara daño alguno, ni a sí misma ni a nadie. La razón por la que estaba en el ático era para que estuviera tranquila y segura.

A continuación, me narró los hechos de la mordedura del señor Ramos:

—Cuando don Miguel Ángel salió un momento de su aposento a coger una vela, oyó un ruido proveniente del ático. La puerta estaba entreabierta, algo extraño porque normalmente se encuentra cerrada; y antes de que el caballero pudiera reaccionar, Filomena, que es el nombre de la señora que allí habita, se abalanzó sobre él, mordiéndole en varios lugares de su cuerpo. Se trata de una mujer muy voluminosa y fuerte. He de decirle que carece de pelo, ya que ella misma se lo arranca, para que usted se dé cuenta de la envergadura de su problema; y estaba más fuera de sí de lo habitual. El resto ya es de su conocimiento.

Me asaltaban infinitas preguntas, pero no quería indagar más porque pensaba que la confianza que había depositado en mí el señor Alcázar era muy de agradecer.

Aun así, me atreví a insinuar que vivir encerrada en un ático no era nada fácil, pero que por supuesto, eso no justificaba tal ataque.

Don Maximiliano tuvo a bien explicarme que Filomena había trabajado muchos años para la familia Alcázar del Valle, que no tenía a nadie, y que él la tenía mucho cariño. Que se sentía de alguna forma responsable de aquella mujer, y quería asegurarse de que recibía los mejores cuidados posibles. Allí estaba bien atendida porque en los centros donde ella podía permitirse vivir tenían unas condiciones francamente duras y precarias.

Después, me aclaró la historia del señor Ramos.

Se trataba de un primo lejano que vivía en Filipinas, interesado en los negocios del señor Alcázar en aquellos lares. Era un poco huraño y solitario, y había tenido graves problemas económicos; aunque en cierto modo, se habían resuelto. Había venido a pedirle dinero para saldar las últimas deudas que había adquirido, y así poder continuar con sus asuntos financieros.

También me contó que los nervios del señor en el momento de la llegada del misterioso huésped eran debidos a que las visitas inesperadas no le agradaban demasiado, y esa le había pillado por sorpresa. Todo esto se debía en parte al miedo a que la verdad del ático se descubriese. Y en ese fatídico caso había ocurrido lo que nadie quería que pasase; y por ese motivo, el señor Ramos tuvo que marcharse a toda prisa y sin ser visto. Finalmente, concluyó el relato diciéndome que la única persona que sabía de la existencia de Filomena en la casa era la señora Martínez, y que por favor no le dijera que yo también era conocedora de tal secreto.

Mientras el señor me contaba las historias de Filomena y don Miguel Ángel, sentía que cierta incredulidad se iba apoderando de mi persona. Me daba la impresión de que cada palabra había sido cuidadosamente elegida y cada frase ensayada. En mi cabeza rondaban infinidad de preguntas: ¿cómo podía una mujer mayor y enferma atacar de un modo tan brutal? Y la repentina llegada del señor Ramos, ¿qué relación tenía con todo aquello? ¿Por qué ese enfado del señor Alcázar ante la llegada de aquel caballero? Por muy nervioso que le pusieran las visitas inesperadas, ¿justificaba esa forma de palidecer ante su presencia? ¿Ese darle puerta fulminante?

Mi mente trabajaba a mucha velocidad, intentando encajar las piezas como en un rompecabezas. Era un enigma difícil de resolver: Filomena, don Miguel Ángel, el ático, el doctor del pueblo... ¿Sabría él algo? Uffff...

Tan pronto como terminamos de desayunar, don Maximiliano se levantó para continuar con sus asuntos y se despidió con un gesto amable:

—Bueno, señorita; cualquier cosa... estaré encantado de ayudarla. Y por supuesto, no dude en pedirme lo que sea menester.

Le devolví una sonrisa afable y le agradecí su hospitalidad. Me quedé con ganas de decirle que estaba pensando en marcharme de *Villa Aurora*, pero no me atreví; no era el momento, y tampoco lo veía con claridad.

—Que tenga un buen día —respondí.

—¡Ah, espere un momento, señorita Leonor! Observó usted mi interés por la señorita Amalia, ¿verdad? Pues dada la confianza que he depositado últimamente

en usted, le voy a hacer una pregunta. ¿No le parece que, dada mi edad y mi pasado, debería ir pensando en casarme con ella?

—No lo sé, señor —le contesté—. Lamento mucho no serle útil en este tema. Es algo que tan solo usted debe usted decidir. Se trata de su futuro.

—Señorita Leonor, está usted muy pálida de repente. ¿Se encuentra usted bien? —me preguntó con delicadeza.

—Sí, estoy bien; como usted comentó anteriormente, la noche ha sido un tanto complicada, y el cansancio deja huella. Y ahora, permítame que me retire a mis quehaceres. Reitero mi agradecimiento por su confianza —le dije.

## Capítulo XVI

### *Viaje a Vallefrío*

Una mañana, doña Mercedes me hizo llamar con urgencia. Me desperté sobresaltada, me puse una bata y bajé a la sala a toda prisa.

Reconocí de inmediato a Úrsula, la doncella del panecillo, la cantimplora y el abrazo de antaño. Recordaba su figura, que seguía siendo menuda y ágil. Su rostro denotaba el cansancio de la agitación del viaje. Llevaba el mismo delantal de hacía nueve años. Sus manos enrojecidas por el duro trabajo y el frío portaban una carta lacrada, símbolo de urgencia del mensaje que traía. Me debió de ver hecha una gran dama y me hizo una reverencia, a lo que inmediatamente respondí:

—¡Úrsula, por favor! ¿No te acuerdas de mí? ¡Dame un abrazo!

—¡Leonor, que bella está usted! Siento traer muy malas noticias.

—Pasemos a esta salita y hablemos —la invitó a entrar en una sala más pequeña y nos sentamos a conversar.

Se acomodó frente a mí y me dijo sin rodeos:

—El señorito Juan murió hace una semana en su casa de Madrid, donde llevaba residiendo un tiempo.

—¡Madre mía, querida Úrsula! Y, ¿cómo está tía Guadalupe? —le pregunté con preocupación.

—El señorito le dio a su madre muy mala vida, señorita Leonor. Siguió un camino horrible en la capital en compañía de las peores personas que puede usted imaginar. Acabó en la cárcel, y comentan por ahí que se quitó la vida. Su madre, que ya estaba mal de salud, sufrió una apoplejía. Pasó tres días sin habla y cuando recuperó la voz, lo primero que dijo fue: “Traed a Leonor”, y lo repitió en muchas ocasiones. Ese es el motivo por el que estoy aquí. Me gustaría llevármela a casa de la señora cuanto antes, no vaya a ser que no lleguemos... a primera hora de la mañana a poder ser; pero imagino que tendrá usted que disponer todo —me contestó.

—Sí, hablaré con el señor Alcázar de inmediato —le dije a Úrsula con cierto recelo.

Fui a buscar a don Maximiliano para explicarle las nuevas. Llamé a la puerta de su despacho.

—¿Y bien, señorita Leonor? —preguntó, levantando la mirada de sus papeles.

—Le agradecería que me diera un permiso de un par de semanas —le solicité tímidamente.

—¿Para qué exactamente?

—Para ver a una señora enferma que me ha hecho llamar con urgencia —contesté.

—Pero ¿dónde reside? —prosiguió la conversación.

—En Vallefrío, en Sierra Morena.

—Pero está a unos doscientos cincuenta kilómetros de aquí, son al menos tres días de viaje! —exclamó el señor.

—Es mi tía, señor Alcázar, y está muy grave —le rogué.

—Pero si no tenía usted parientes, señorita —dijo con incredulidad.

—Bueno, como si no los tuviera. Nunca me quisieron. Me trataron como una carga. Pero ahora creo que debo ir. Nunca he sido rencorosa —afirmé.

También le conté el final de primo Juan, sus andanzas en la capital y la tristeza de tía Guadalupe.

Me recomendó que no partiera a un lugar tan lejano, porque si mi pariente estaba tan enferma, probablemente no llegara a verla viva. Yo insistí en que debía ir, y él me hizo prometerle que volvería lo antes posible, porque la pequeña Emily no debía descuidar sus estudios. También le expliqué que quería salir con la doncella de tía a primera hora de la mañana en el carro que había enviado la familia.

Me ofreció dinero por anticipado y yo no lo acepté.

—El orgullo la mata, señorita —me dijo.

Antes de marchar, aproveché para comentarle un asunto profesional que tenía pendiente:

—Usted, señor, prácticamente me ha dado a entender que piensa casarse en un tiempo no muy lejano.

—Sí, esa es mi idea —confirmó.

—En tal caso, señor, Emily debería ir a un internado; porque todos sabemos que a la señorita Amalia no le entusiasman ni los niños, ni las institutrices —le respondí.

—En ese caso le ayudaré a buscar algún otro lugar, señorita Leonor. Pierda cuidado —me dijo amablemente.

—Pondré un anuncio en el periódico. Lo prefiero; ya lo hice en una ocasión y, afortunadamente, les encontré a ustedes —le agradecí.

—¡Eso no! ¡No lo permitiré! Por favor, déjeme que me ocupe personalmente de recomendarla cuando llegue el momento —se mostró amable y colaborador.

—Hágame un estimable favor, señor; le pido que cuando viva aquí su esposa, ni Emily ni yo estemos en *Villa Aurora* —le rogué.

—De acuerdo. Hablaremos a su vuelta. Tenga un buen viaje —se despidió.

A la mañana siguiente nos pusimos en camino. Los senderos polvorrientos, el zarandeo de la diligencia, el paisaje que se desdibujaba a través de la ventanilla... Todo aquello me invitaba a rememorar viejos tiempos: mi infancia en *Vallefrío*, mi partida a Madrid, mis años en San Bernardino, mi llegada a *Villa Aurora*...

Llegamos al pueblo. Sentí un vuelco en el corazón. La casa estaba silenciosa y sombría. Al entrar, me invadió una profunda tristeza, unida a una extraña sensación de familiaridad. Primo Juan ya no estaba, y a pesar de ser alguien que me había amargado la existencia, se le echaba de menos. Dejé mis enseres en la habitación de invitados, y enseguida, me quedé profundamente dormida. “Mañana enfrentaré otro día”, pensé.

A la mañana siguiente me presenté en la habitación de tía. Parecía un cadáver. Estaba pálida y demacrada. Su cuerpo consumido apenas se distinguía bajo las sábanas. Sus ojos, apagados y hundidos, me miraban sin vida. Era la sombra de

aquella mujer intolerante que un día conocí. La voz, un susurro ronco y poco audible, salió de su boca para decirme:

—Sobrina, es verdad que nunca te quise. No entendía por qué eras la favorita de mi esposo y hermano de tu madre, teniendo un hijo al que querer más; pero eso ya no tiene solución, lo terminé aceptando cuando te fuiste a Madrid. Ya no queda nadie de esta familia, y a mí me resta muy poco tiempo de vida. Te he hecho venir por un asunto de suma importancia. Como sabes, nunca hemos estado unidas...

—prosiguió.

Yo permanecí en silencio ante esa revelación, ya que no iba a desmentir la realidad, y esperé el anuncio sin apenas parpadear.

—Un pariente lejano de la familia de mi esposo y tuyo ha fallecido, y para mi sorpresa, te ha nombrado heredera universal. No se trata de una enorme fortuna; pero sí te da la posibilidad de asegurarte una vida de independencia. Esta casa será para un miembro de mi familia. También quería verte para despedirme de ti, Leonor. No puedo ya ni comer ni valerme por mí misma. Me muero...

Y así fue, tía Lupe exhaló su último aliento. Su palidez creció acentuada por la mortecina luz de las velas. El silencio invadió la estancia. Se había ido. No sentí nada; ni dolor, ni alivio.

Permanecí en Vallefrío unos días para asistir a sus exequias y entierro. Úrsula había dispuesto todo con la debida antelación. La casa se llenó de coronas y cirios. El olor a incienso se mezclaba con el aroma a flores, creando una atmósfera solemne y pesada. Recibí el pésame de los habitantes del pueblo y de los pocos familiares que aún quedaban, algunos de los cuales ni conocía. Las mujeres

vestidas de riguroso luto cuchicheaban en voz baja. La velamos tres días, y después fue enterrada con tío y primo Juan.

Habían sido días muy intensos. Me había cambiado la vida de la noche a la mañana; pero toda esa fortuna no significaba nada para mí sin mi querido señor Alcázar. De repente, su imagen inundó mi mente, y mi dolor se avivó al saber que partiría de *Villa Aurora* al poco de regresar. Don Maximiliano estaría ya organizando los preparativos de su boda con doña Amalia Valcárcel.

Había pasado apenas una semana, y parecía una eternidad. Me quedé unos días más para poner en orden la casa y así entregarla a sus nuevos dueños, los familiares de tía. Es lo que podía hacer por ella, ya que casi no me había dado tiempo a expresarle que para mí la reconciliación era un hecho, y no guardaba ningún rencor hacia su persona ni hacia primo Juan.

## Capítulo XVII

### ***Regreso a Villa Aurora***

Yo no conocía cómo se sienten las personas cuando regresan a su casa tras una ausencia larga o corta. Era una sensación nueva y, por qué no decirlo, muy deseada. No había tenido nunca un hogar real. Ahora sentiría algo nuevo con mi regreso a la hacienda.

El viaje se me hizo francamente pesado, doscientos cincuenta kilómetros son una eternidad cuando deseas tanto dormir en tu lecho. Pasé dos noches en posadas recordando a tía y primo; me quería acordar de lo bueno, aunque no había gran cosa. Recordaba el entierro, el ataúd, la solemnidad de aquel momento, el séquito del servicio, los habitantes del pueblo y algún familiar que llegó de otro punto de Andalucía. También veía su cara desfigurada y enferma. Cuando todo esto me asaltaba, aparecía el señor Alcázar tranquilizándome. Volvía a *Villa Aurora*; pero ¿cuánto tiempo me quedaba allí?

Amanecía cuando llegué. El carro se detuvo frente a la imponente verja de hierro forjado. Reparé entonces en la exuberancia de aquel camino de entrada a la mansión flanqueado por cipreses. Pude divisar la construcción señorial de piedra blanca, los balcones coloridos y llenos de flores, las fuentes que emanaban chorros de agua fresca. Todo esto había estado conmigo ya bastante tiempo, y ahora lo veía desde otro ángulo; sin duda, el ángulo de la nostalgia.

Me bajé del carro, sintiendo la mañana en mi piel. Doña Mercedes estaba en la escalinata de entrada. Me dio un efusivo abrazo. Sentí un cariño tierno y cálido comparable al de una madre. Entramos en el gran vestíbulo, seguían esos techos altos y esos suelos de mármol que en su día me abrumaron, pasé a una salita llena de luz. Allí el señor me estaba esperando con su figura imponente.

—He ordenado que nos preparen el desayuno en el salón principal. Bienvenida de nuevo, señorita Leonor —me dijo.

Pasamos al salón. Era tan bello y luminoso como cuando lo dejé.

—Viene usted de Vallefrío muy sigilosa; como siempre, parece una bella sombra. Seguro que se ha olvidado de nosotros después de este tiempo —dijo, dirigiéndome una sonrisa muy suya que me hacía sentir bastante cómoda.

—Por supuesto que no me he olvidado de ustedes. Esta es mi casa. Le agradezco su gran amabilidad—contesté devolviéndole la sonrisa.

Le conté mi viaje y conversamos sobre muchas cosas. No reparé en el paso del tiempo. Disfruté mucho de su compañía, pero también anhelaba reunirme con mi querida Emily y con la señora Martínez. Tenían muchas cosas que contarme sobre la evolución de la pequeña en mi ausencia. Solicité permiso para retomar mis quehaceres, saludar a la niña y a todos los demás.

Emily se puso loca de contenta cuando me vio, me abrazó muy fuerte.

—*I have missed you so much, Miss* —me dijo con lágrimas de alegría.

Me sentía feliz. En ese momento entendí perfectamente lo que significaba la vuelta a casa...

Tras mi regreso a *Villa Aurora* hubo unas tres semanas de una relativa calma. No se hablaba de la boda del señor, ni tampoco había movimiento para una futura ceremonia. Le pregunté a doña Mercedes, y me contestó que no sabía nada sobre el asunto del matrimonio.

Me sorprendía bastante que no hubiera idas y venidas de nadie; tampoco el señor se movía de la hacienda para visitar a su prometida. Un jinete como el señor debería estar deseando visitar a su amada, pero nada. Empecé a albergar la esperanza de que aquel compromiso se había roto en pedazos; pero tampoco veía al señor triste, sino más bien todo lo contrario: se mostraba dichoso, y especialmente cariñoso conmigo. Esto me torturaba, porque cada día le necesitaba más.

Comenzaba de nuevo el verano en Sevilla. Volvía a despuntar el sol sobre los naranjos en flor. El aire de junio olía a jazmín. Los pájaros cantaban entre los cipreses y las fuentes susurraban melodías. Me despertaba por las mañanas con la luz andaluza entrando por las ventanas de mi cuarto, y sentía la energía del estío en todo mi ser.

Mis días eran intensos y bellos. No me quería ir de allí. Me sentía mejor que nunca. Ese sentimiento que brotaba de dentro de mí era francamente bonito. Se lo debía a la vida, a lo que me rodeaba... pero, sobre todo, al señor Maximiliano Alcázar del Valle.

## Capítulo XVIII

### *Noche de San Juan*

Era la noche de San Juan. Emily, cansada después de haber estado todo el día jugando, estudiando y recogiendo flores para hacer un ramo, se había acostado al caer el sol. Le conté un breve cuento, esperé a que se durmiera y salí al jardín. Era la hora más dulce y bonita de la larga jornada. El calor había bajado, se escondía el resplandor morado de la puesta de sol tardía. Me quedé observando la grandiosidad del cielo.

Caminé un poco para disfrutar del espectáculo y me llegó de repente un olor a habano; el aroma iba aumentando según me dirigía al cenador de madreselva y parra virgen. Me extrañó que fuera el señor Alcázar, porque era la noche de San Juan y en Sevilla era una velada de magia y tradiciones, la gente se reunía en las orillas del río Guadalquivir para encender hogueras, y él nunca faltaba a esas grandes citas.

De pronto, oí una voz suave y baja que decía:

—Señorita Leonor, venga a ver esto.

Me mostró una mariposa nocturna gigante, que súbitamente echó a volar.

—En una noche como esta, no querrá usted acostarse justo en el momento que se va el sol y sale la luna... Además, tiene usted que reconocerme que *Villa Aurora*

es un lugar sumamente agradable a esta hora —se dirigió a mí con un aire despreocupado y calmado como no le había visto nunca.

—Sí señor; he de reconocer que he tomado cierto apego a la casa y a las personas que en ella habitan —me sinceré.

—Las cosas son duras a veces. Cuando uno está establecido y a gusto en un sitio, y por un motivo u otro se tiene que marchar, no es fácil —trató de explicarme.

—¿Debo marcharme de *Villa Aurora*? —pregunté.

—Sí, señorita, creo que debe —me dijo con una calma inaudita.

Sentí un gran desasosiego al escuchar ese consejo, y le interrogué:

—Entonces, ¿es cierto que se va a casar pronto, señor?

—Así es; Emily y usted saldrán de aquí. Yo la ayudaré a encontrar un empleo en Sevilla. Dados mis contactos, no habrá ningún problema. Además, usted es una mujer sensata y formada.

No pude evitar que los ojos se me llenaran de lágrimas. Mi llanto fue silencioso. Pensar en abandonar *Villa Aurora*, sus flores, sus gentes, mi niña... y por supuesto al caballero con el que estaba disfrutando de una velada inigualable aquella noche, me helaba la sangre. No hablé; si hubiera dicho una palabra, seguro que habría roto a llorar.

—¿Oye el ruido de ese grillo? —cambió de tema radicalmente.

En ese instante, me eché a llorar convulsivamente. No pude soportar tanta tristeza.

Expresé mi descontento por haber conocido *Villa Aurora*. Sentía pena, dolor, nostalgia y amor por igual.

—¿Tanto le supone abandonar esta hacienda? —volvió a preguntarme el señor.

—Sí, por supuesto. Aquí he tenido una vida feliz, he sido respetada y querida por todos, nadie me ha excluido de nada, he aprendido mucho de los habitantes de esta magnífica casa, y sobre todo de un hombre al que adoro. ¡No quiero separarme de usted! Soy una persona humilde, pero tengo sentimientos —exploté entre lágrimas, como hice una vez en Vallefrío antes de partir a Madrid...

—Quédese entonces, querida Leonor —me llamó por mi nombre, sin poner delante la palabra “señorita”.

—¿Usted cree que yo no siento? ¿Quedarme para no ser nadie y verle pasear con su flamante esposa? —sollocé.

De repente el mundo se detuvo por un instante, y en el silencio, escuché el latido de mi propio corazón. Don Maximiliano se acercó a mí con la mirada fija en mis ojos. Sentí un escalofrío por todo mi cuerpo. Cerré los ojos, sentí sus labios en los míos. Sentí que todo a mi alrededor se desvanecía.

—¿No ve que estoy representando una farsa? Sé que no es tan necia para pensar que estoy enamorado de alguien que no sea usted —me dijo con gran ímpetu y a la vez enorme ternura. Solo él era capaz de conjugar tan bien ambas cosas.

—Deje de burlarse de mí, le he dicho —le grité fuerte por primera vez

—¿No dudará de mí? —me preguntó.

—Sí, claro que dudo de usted —contesté muy enojada.

—No puedo ni quiero casarme con la señorita Valcárcel. ¿No se da cuenta de que estoy representando un papel para acercarla más a mí? Los celos son un arma poderosa; y a lo largo de la historia, como usted seguro que ha leído en tantos libros, ha funcionado —me dijo, convencido—. A ti, ser diferente, te amo más que a mí mismo, y te ruego que me aceptes como esposo, Leonor —se arrodilló ante mí, tuteándome.

No podía creer lo que ocurría. Estábamos bajo aquel cielo cálido y estrellado que iluminaba “nuestro” jardín con una luz plateada. Estábamos solos, apartados del universo, bajo un naranjo. Don Maximiliano me dijo una y cien veces lo especial que era para él. Me recordó nuestro primer encuentro en Sevilla. Me hizo saber que desde aquel momento supo que era muy distinta a todas las mujeres que había conocido.

Mi emoción me hizo llevarme las manos al pecho. Mi vista se inundó de lágrimas de felicidad. Era la persona más dichosa que había existido en la faz de la Tierra.

—Quiero pasar el resto de mis días a su lado, señor Alcázar —le dije.

—Maximiliano, por favor —me contestó.

Por fin entramos en el vestíbulo. Todos estaban durmiendo. Estaba viviendo un sueño. Antes de irnos a dormir, nos besamos una y mil veces. Cuando levanté la vista, pude ver a la señora Martínez pálida y sumamente asombrada mirando la escena de nuestra despedida. La miré y me limité a sonreír; ya le daría explicaciones en otro momento. Ella podría malinterpretar, y no se lo merecía;

había sido como una madre desde que llegué a *Villa Aurora*. Mi júbilo me impedía pensar. Me retiré a mi aposento, no sin antes volver a besar al señor...

—Buenas noches, amor mío —me susurró.

—Buenas noches, Maximiliano —le contesté.

## Capítulo XIX

### *La mañana siguiente*

Me desperté temprano, y hacía ya calor. Era una mañana del mes de junio resplandeciente, pero también tórrida. Estaba sofocada, atolondrada y llena de incredulidad debido a lo acontecido unas horas antes.

Me vestí mientras las imágenes de la noche anterior flotaban en mi mente. Saqué un vestido sencillo y alegre, y me lo puse lentamente, como si quisiera de esa forma congelar el tiempo. Estaba muerta de miedo, y no me atrevía siquiera a bajar a desayunar; no fuera a ser que lo vivido hubiera sido tan solo un dulce sueño. Necesitaba reencontrarme con don Maximiliano para escuchar su voz repitiendo las palabras de la noche anterior.

Los pájaros cantaban, y yo les escuchaba hacerlo con más intensidad que nunca...

Me encontré con el señor, y me pidió que le acompañara a desayunar antes de reunirme con Emily. Pasamos a la sala. Su rostro se mostraba relajado, sus ojos brillantes. Me dio los buenos días de forma diferente, me besaba continuamente con la mirada.

Al sentarnos en la mesa, se quedó observándome fijamente y me recordó la noche anterior con detalle; también me dijo lo feliz que le hacía mi presencia y lo pronto que sería su esposa.

—¿Te gusta como suena: *señora Leonor de Alcázar*? —me preguntó.

—Me encanta, señor; pero soy Leonor Polo y lo seré siempre. Se me hace extraño todo lo demás —contesté.

—Mañana mismo iremos a Sevilla a encargar un vestido de boda para un ángel. No quiero esperar más de un mes para que seas mi esposa —me susurró al oído— . Y después te llevaré a visitar Londres, París, Venecia, Roma, Viena y tantos sitios... Leonor, por fin soy un hombre dichoso, y te lo debo a ti.

Estaba viviendo un cuento de hadas, aquellos que leía en la biblioteca de tía Guadalupe, en el hospicio de San Bernardino y siempre...

Ahora, yo, Leonor Polo, era la centelleante protagonista...

Me retiré de la mesa deseando al señor un día excelente. Me recordó una vez más que le llamara por su nombre de pila; me costaría acostumbrarme.

—Pasa un día maravilloso, querido Maximiliano —le dije con timidez al tutearle. No me sentía cómoda del todo.

Después de asegurarme de la veracidad de la pasada noche de San Juan, me dispuse a buscar a la señora Martínez. Teníamos una importante conversación pendiente.

Me acerqué a ella y le pedí un instante de su tiempo; no pude evitar sonrojarme cuando me dijo:

—Señorita, el señor me lo ha contado todo. Nunca le he visto tan dichoso. Esta mañana parecía otra persona.

Para ser honesta, no la veía muy contenta para ser alguien tan noble y cercano a nosotros.

—Estamos muy felices, doña Mercedes, y queremos hacerle partícipe de nuestra inmensa alegría.

No me felicitó tan efusivamente como yo había esperado. Y de repente afirmó, inspeccionándome de arriba abajo:

—Señorita, ¿se ha parado a pensar que ustedes dos son muy diferentes en todos los sentidos? ¿Que el señor Alcázar, además, podría ser su padre, con esos veinte años de diferencia? Se casará usted por amor, ¿verdad? —me preguntó.

Aquella frialdad fue algo totalmente inesperado para mí. Yo adoraba a doña Mercedes, y su reacción me pilló por sorpresa. Brotaron lágrimas de mis ojos.

—Siento afigirla, pero su juventud e inexperiencia es evidente —continuó diciendo.

No dije nada, me estaba sintiendo alguien ajeno a aquella casa por primera vez en mucho tiempo. Mi expresión era de suma tristeza. Doña Mercedes me evitó la mirada en todo momento. Algo me decía que la señora Martínez ocultaba algo, porque estaba segura de que ella me quería mucho. Fue mi protectora desde mi llegada a *Villa Aurora*...

Por fortuna, de repente entró la pequeña Emily y relajó el ambiente tenso que allí se estaba viviendo, y me pidió entre sollozos:

—¡Señorita, dígale a don Maximiliano que me deje ir a Sevilla con ustedes! POR FAVOR, POR FAVOR, ¡DÍGASELO! No me permite acompañarles.

Yo intercedí ante la negativa de don Maximiliano (me era imposible pensar en él como Maximiliano simplemente). Finalmente, fui capaz de convencerle, y Emily se subió rebosante de júbilo al carro para dirigirnos a la bella Sevilla.

Llegamos a la calle Sierpes, el centro comercial de la ciudad. Me maravillé con sus tiendas elegantes, sus cafés y teatros. Era una vía estrecha y bulliciosa, con carruajes, tranvías y gente paseando con sus mejores galas. Los escaparates estaban llenos de sombreros, vestidos, joyas y abanicos.

Paseaba cogida de la mano del señor y de la niña, estaba muy ilusionada por mi boda y mi futura vida. Pro había algo que me impedía la felicidad completa: aquellas palabras de la señora Martínez. ¿Por qué se había mostrado tan reticente a nuestro matrimonio?

Llegamos a la tienda de telas; me maravillé con los encajes, las sedas y los tulles. Mi futuro esposo me miraba embelesado mientras me tomaban medidas. Finalmente, me decidí por una tela blanca de línea romántica, me la puse por encima y me sentí en el cielo. Maximiliano me abrazó con ternura y me murmuró al oído:

—Estás preciosa, mi amor.

Mientras todo esto sucedía, me asaltaban pensamientos sobre los acontecimientos ocurridos los últimos días. No podía olvidar que mi pariente lejano me había hecho su heredera. Debo confesar que esto me aliviaba, porque me permitía no depender completamente de Maximiliano, y para mí tener esa independencia, aunque no fuera nada comparado con su fortuna, me hacía sentirme libre. No

soportaba que el señor Alcázar me comprara todo lo que se le antojara como si fuera una muñeca.

Maximiliano estaba pletórico, y quería regalarme todo lo que veíamos en los escaparates de la concurrida y elegante calle Sierpes... y a mí me empezaba a incomodar tanto presente.

—No quiero ser como otras mujeres que han pasado por tu vida, solo abogo por la tranquilidad de mi alma. Hasta que nos unamos en matrimonio, me compraré mi propia tela —le advertí.

—Ese orgullo innato, querida mía, es lo que más admiro de ti. Permíteme que te regale al menos las telas que tanto te han gustado —me contestó.

—No es orgullo. La vida se ha encargado de hacerme así. Todavía queda un mes por delante para que te arrepientes o no —le repliqué con una sonrisa de complicidad.

Salimos los tres de Sevilla, el carro dejaba atrás el bullicio. íbamos sentados, conversando. Miraba por la ventana, admirando aquel paisaje plagado de naranjos en flor y de edificios antiguos. Maximiliano nos señalaba los lugares más emblemáticos y nos contaba historias de sus antepasados. El camino se nos hizo muy corto y entrañable.

Al llegar a *Villa Aurora*, el sol comenzaba a ponerse, y el cielo se iba tiñendo lentamente de tonos violáceos, rosados y anaranjados; pudimos divisar las sombras alargadas por la hora del día en la que nos encontrábamos. Me embargaba la emoción. Mi cuerpo y mi mente estaban en consonancia. Estaba tan

relajada que estuve a punto de dormirme en los brazos de mi querido señor. Ciertamente estaba viviendo un sueño. Si fuera mi propia novela, la hubiera titulado *EL SUEÑO DE LEONOR*.

## Capítulo XX

### *El extraño incidente*

Las cuatro semanas establecidas de noviazgo habían llegado a su fin. Ya teníamos nuestros baúles preparados para partir a Madrid, en cuanto nos hubiéramos casado en un par de días. Una tal Leonor de Alcázar del Valle, debo decir que desconocida para mí, sustituiría a Leonor Polo, la niña de las penurias.

Estaba deseando viajar con mi futuro esposo. En cuanto se celebrara la ceremonia de nuestro casamiento, partiríamos hacia la capital de España, donde haríamos la primera parada de nuestro posterior largo viaje por Europa.

Me empaparía del Madrid que dejé años atrás y que seguía atentamente en los periódicos que caían en mis manos. ¡Qué ganas de pasear por aquellas enormes avenidas de la mano de mi Maximiliano!

Vería la gran ciudad, los vendedores de periódicos, mujeres y niños que se desgañitaban gritando, sobre todo al atardecer: “*¡Han salido los periódicos! ¡Que acaba de salir ahora!*”. Después estaban los aguadores, que, con una nota menos aguda, lanzaban a cada instante un grito conocido: “*¡Agua!, ¿quién quiere agua?*”, o también: “*¡Agua y azucarillos!*”. Más allá, los mozos de cordel, que se llamaban así a causa de la soga de esparto que llevaban arrollada alrededor del cuerpo colgada del hombro, de la que se servían para atar los fardos que se les confiaba, y eran famosos por su probidad. Y los quitamanchas ambulantes, que

vendían por dos cuartos pastillas que limpiaban; los cocheros, que tenían su principal estación de carruajes en la Puerta del Sol... No podíamos olvidar a la cigarrera, uno de los tipos más característicos y populares de Madrid, el único que recordaba a las célebres manolas desaparecidas bastantes años atrás: la obrera de la fábrica de tabacos, con su mantón cruzado bajo la barbilla, su falda corta y su pie fino y arqueado, su meneo, movimiento lleno de extraordinaria desenvoltura, ponían una nota de desgarro y femenino atrevimiento en las calles madrileñas. Otra de las figuras más entrañablemente unidas a la vida popular capitalina eran las lavanderas, que bajaban hasta el río para lavar a sueldo la ropa de las clases más acomodadas. Más personajes castizos y muy madrileños: las Castas, Susanas y Mari Pepas, “*arrebujás*” en sus mantoncillos de flecos, llenas de respingos chulapones; y por último los Felipes y Julianes, celosos y honrados a carta cabal. Y tantos y tantos personajes que configuraban un Madrid que aparecía en mi mente lleno de vida y de color.

Me parecía fascinante volver a respirar en medio de todo esto que había leído y vivido tantas veces. Cuando estuve residiendo en el gran Madrid no había tenido oportunidad de percibir tanto ese crisol como hice posteriormente en las divertidas crónicas sobre la capital.

Sería mi primer viaje en tren. Estaba nerviosa y emocionada a partes iguales. Me imaginaba los vagones y paisajes preciosos deslizándose por la ventana mientras mi esposo y yo nos acurrucábamos haciendo planes de futuro.

Ante todos estos pensamientos se cruzaba un incidente ocurrido la noche anterior que no me dejaba tener la mente despejada, y necesitaba compartirlo con Maximiliano. Nadie lo había presenciado más que yo.

Bajé al salón a contarle a mi prometido lo que había acaecido de noche en mi habitación, esperando que me ayudara a encontrar una respuesta lógica a tan extraño acontecimiento. Hacía muchísimo calor, y mientras bajaba, estalló repentinamente una tormenta de verano. Ese temporal desembocó en un viento huracanado que azotó los jardines, arrancando hojas y flores. De repente, un relámpago ensordecedor sacudió *Villa Aurora*. La lluvia comenzó a caer con fuerza. Parecía que el cielo se había roto. El viento aullaba, los rayos y truenos se sucedían, los cristales temblaban. Me refugié en los brazos de mi querido Maximiliano y ambos observamos la increíble fuerza de la naturaleza. Los árboles enfurecidos se retorcían, y el agua golpeaba todo lo que se encontraba a su alrededor.

Mientras todo esto pasaba, mi voz interrumpió el momento:

—Tengo que contarte algo que sucedió anoche y me tiene muy asustada —le dije.

—Toma asiento, y cuéntame.

Me quedé muda, no podía hablar. Me acarició el rostro con su mano grande y vigorosa, y me abrazó con su brazo musculoso, largo y fuerte. Me explicó que era normal el desconcierto que sentía. Al fin y al cabo, todo era muy nuevo para mí.

—¿Ha dicho alguien de la casa algo que te ha incomodado? —me interrogó con cierto sigilo.

Comencé a contarle lo acaecido la noche anterior.

—Oí un rumor de repente, mientras dormía. No sabía de dónde provenía. Pensé que era algún perro o gato que aullaba; me volví a dormir y empecé a soñar que te caías por un precipicio y yo no podía hacer nada. Desperté empapada en un sudor frío muy desagradable.

—Son los nervios, Leonor. Piensa en nuestro viaje, nuestra vida en común cuando eso ocurra —me interrumpió.

—La expectativa de compartir todo contigo me parece lo más maravilloso que me ha ocurrido nunca porque te amo; pero déjame que te cuente todo hasta el final, por favor —le dije, y proseguí narrando la historia—. Me volví a despertar de aquel terrible sueño, y me deslumbró una luz muy tenue dentro de mi propia habitación. Supuse que era alguien del servicio. Vi que estaba abierta la puerta del armario donde había guardado mi vestido de novia. Pregunté que quién andaba en mi estancia. No obtuve respuesta. No era nadie conocido, estoy segura. Llegué a pensar que era Filomena, la criada loca a la que das alojamiento en el ático; pero no coincidía con la descripción que me diste en su día.

—Tenía que ser alguien de la casa —volvió a interrumpirme.

—No señor; era una mujer alta y desgarbada, con la melena muy larga, y tú me dijiste que Filomena no tenía pelo. Cogió mi velo de novia y se lo colocó en la cabeza. Además, su risa histriónica no parecía la de Filomena; era otra persona. Lo peor fue que rasgó el velo en dos y lo pisoteó. Todo esto ocurrió en cuestión de un minuto. Y ahora, Maximiliano, dime: ¿quién era esa mujer? —le inquirí con desesperación.

—Pues esa extraña mujer es un cerebro lleno de acontecimientos, tesoro —me contestó con cariño—. ¿Cómo sabes que no se trataba de un sueño como el del precipicio? Tiene que haber sido irreal —me tranquilizó.

—Eso pensé, ¡pero el velo estaba en el suelo a la mañana siguiente! —le sorprendí ingratamente.

Maximiliano me abrazó fuertemente mientras musitaba cerca de mi oído:

—Probablemente haya sido mitad sueño y mitad realidad, estoy seguro de que Filomena se escapó del ático como ocurrió cuando nos visitó el señor Ramos. Le atribuiste un aspecto de demonio que no correspondía con la realidad.

Acepté la explicación, porque no se me ocurría otra solución posible. No me quedé del todo satisfecha, pero tenía que ser eso; ¿qué iba a ser si no? Mi futuro marido me aconsejó que aquella noche, que era la anterior a la boda, durmiera con Emily para evitar la soledad de mi cuarto, y así los nervios no me volverían a gastar una broma pesada.

Cesó la fuerte tormenta, la noche se quedó despejada y tranquila, y yo también respiré profundamente. Subí a dormir, me metí en la cama al lado de mi pequeña Emily, le cogí las manitas y me acordé de mi dura infancia. Estaba dichosa, pero con temor por mi futuro incierto y desconocido. El sueño me venció una noche más.

## Capítulo XXI

### *La boda*

Amaneció un día de finales de julio luminoso y espléndido en *Villa Aurora*. El sol brillaba con fuerza, el cielo estaba totalmente despejado después de la fuerte tormenta, los jardines estaban más bellos que nunca. Me desperté emocionada y nerviosa. Me puse mi traje blanco y mis pendientes de perlas; no podía faltar el crucifijo de madre, siempre presente. Me miré al espejo y comencé a llorar.

Maximiliano me esperaba en el vestíbulo, ese en el que un día, hace ya tiempo, entré con una maleta vieja y un puñado de planes. Mi futuro esposo lucía un chaqué negro y desprendía un aura de alegría. Me lanzó una sonrisa cómplice y pícara. Nos dimos la mano, y juntos subimos a un coche de caballos que nos llevaría hasta la capilla. Tardamos muy poco en llegar, ya que la iglesia estaba muy cerca de la hacienda; era pequeña y acogedora, con las paredes encaladas y flores frescas por todas partes. El cura, impecable, nos esperaba en el altar. No había invitados; tan solo mi ya casi esposo, Maximiliano, y yo.

Antes de comenzar la breve ceremonia, nos miramos a los ojos y con un gesto cómplice nos juramos amor eterno.

El sacerdote comenzó a officiar con solemnidad, y enseguida nos pidió que respondiéramos a las preguntas requeridas para la ocasión:

—¿Quieres a esta mujer por legítima esposa...?

Sin dejar terminar la frase, justo cuando el cura nos iba a declarar marido y mujer, la puerta de la capilla se abrió de golpe. Un hombre vestido de marrón oscuro entró corriendo y gritó;

—¡Detened la boda, esta unión no se puede celebrar!

Me di cuenta en seguida de que era el señor Ramos, aquel caballero de la mordedura, y además iba acompañado por la señora Martínez, que llevaba un velo negro, y por eso no la pude reconocer de inmediato.

—No puede casarse con el señor, señorita Leonor —corroboró doña Mercedes.

—Antes debe saber lo que pasa en *Villa Aurora* —dijeron ambos a la par.

—¿Cuál es la naturaleza del impedimento? —demandó el cura en medio de tanto caos.

—El impedimento consiste en que el señor Alcázar tiene una esposa que todavía vive —respondió el señor Ramos.

Palidecí de golpe y me desvanecí al girarme; afortunadamente conseguí levantarme sola. Miré al señor Alcázar esperando una respuesta, pero no hablaba, apretaba los puños con fuerza, y no asentía ni desmentía.

En ese instante, don Miguel Ángel Ramos afirmó que quince años atrás se había producido el matrimonio entre don Maximiliano Alcázar del Valle y doña Soledad Ramos en la ciudad de Manila, y que aportaba un documento que demostraba la veracidad de aquella unión. También se refirió a que él mismo pudo ver con sus ojos a su hermana en la hacienda *Villa Aurora* no hacía mucho tiempo.

Comencé a enlazar momentos e ideas, y recordé que la persona que mordió al señor Ramos hacía apenas unos meses podría estar viviendo en aquel ático. No podía pensar. Mi mente se nublaba, y no sabía si estaba viviendo una pesadilla o la realidad.

Maximiliano gritó enfurecido:

—¡Escúchenme! La bigamia es lo peor de este mundo, pero les explicaré todo esto cuando subamos al ático de la hacienda y vean quién vive allí. Verán ustedes al ser con el que me casaron a través de engaños y argucias.

Salió de la iglesia, sujetándome con fuerza. El clérigo y doña Mercedes nos acompañaron en nuestro carroaje preparado para la boda; el señor Miguel Ángel iba en su caballo. Mandó guardar el coche en la cochera porque ya no lo íbamos a necesitar.

Cuando entramos, el servicio salió a recibirnos acompañado de Emily, con la intención de felicitarnos por nuestro casamiento.

—¡Apártense, por favor! —gritó Maximiliano.

Se apresuró por la escalera, llevándome de la mano con fuerza y ordenando a las tres personas que habían presenciado el momento que lo siguieran. Subimos al ático. Antes de abrir la puerta, le dijo a don Miguel Ángel:

—Ya conoces el lugar, aquí te mordió y casi te mata.

Abrió la puerta del ático. Se escuchó un crujido tétrico; era un aposento polvoriento y maloliente. Miré con cautela la escena, y de repente sentí un escalofrío en la nuca. Había un hedor a humedad y a encierro que me revolvió el

estómago. La única ventana, situada en el techo y de un tamaño minúsculo, estaba cubierta de telarañas, y apenas dejaba pasar la luz. En el centro de la habitación vi a una mujer demacrada y despeinada. No se distinguía su rostro, porque estaba tapado por una maraña de pelo. Se encontraba sentada en una mecedora, balanceándose mientras hacía ruidos extraños y murmuraba incoherencias. Sus ojos desorbitados y febriles se clavaban en los que estábamos allí presentes. De repente soltó una carcajada aterradora. Estaba atada al balancín, pero intentaba revolverse. Inmediatamente retrocedí. El miedo, la ira y la rabia me impedían llorar.

—Esta es mi esposa —dijo Maximiliano—. Está claro que la vida me impide ser feliz. Me he enamorado de verdad de la mujer que está a mi lado, la señorita Leonor Polo. Júzguenme; pero mi pecado es querer comenzar una vida de verdad. He tenido a mi esposa Soledad aquí encerrada para que tuviera una vida. En todo momento ha sido alimentada por una sirvienta que se ha encargado de ella día y noche.

Entendí entonces quién era Filomena y cuál era su misión allí.

Doña Mercedes comenzó a llorar, confesando que fue ella la que avisó a don Miguel Ángel Ramos, hermano de Soledad, de que se produciría el casamiento entre Leonor y Maximiliano. La señora Martínez era una mujer muy religiosa, de profundas convicciones morales. Para ella la bigamia era el peor pecado posible, una ofensa a Dios y a la institución del matrimonio. Siempre había amado y respetado al señor de la hacienda, incluso le llamaba “hijo” en ocasiones; pero no podía tolerar que viviera en pecado, engañándome a mí, a su esposa... y lo que

era peor, a él mismo. Pidió disculpas reiteradas por revelar la verdad, y reconoció su profundo malestar por haber arruinado nuestras vidas y también la suya propia, porque sabía que desde ese instante había perdido el favor de Maximiliano.

El señor Ramos se retiró de la escena. Salió por la puerta del vestíbulo sin despedirse del señor Alcázar. El clérigo, con el rictus serio, también se marchó; y doña Mercedes se retiró a sus quehaceres con una congoja que le desgarraba el alma.

Cuando la casa quedó despejada, me encerré en mi cuarto, cerré el pestillo, me dispuse a quitarme el vestido blanco y las perlas, cogí con las dos manos el crucifijo de madre y me quedé mirando a un punto fijo. No podía ni pensar.

Volvía a ser la Leonor de antaño; la casi recién casada y con expectativas grandiosas murió de golpe. Mi vida se convirtió en un segundo en una existencia fría y solitaria, sin futuro, llena de tristeza. Las esperanzas habían perecido.

El señor Alcázar del Valle ya no era Maximiliano, no era el hombre que yo había creído que era. No quería acusarle de nada, ni de bígamo ni de traidor; pensé que incluso podría tener sus razones para ocultar aquel delito. Pero lo que era seguro era que no había sido sincero conmigo, y yo debía alejarme de allí lo antes posible. No sabía cuándo, ni cómo, ni a dónde iría; pero no podía permanecer en *Villa Aurora* al lado de un hombre para el que había sido un simple capricho pasajero.

—¡Qué ciegos han estado tus ojos, Leonor! —me dije.

Después de dar muchas vueltas en la cama, no conseguí dormirme. Me sentía abandonada, frustrada, rota y sin fuerzas. Pensé en madre, en tío Juan, en mis compañeras del hospicio, y mi último recuerdo fue para mi querida Elena. Su rostro siempre me ayudaba a soportar el dolor.

“Elena, querida amiga, estoy herida de muerte; pero saldré adelante como siempre he hecho”, pensé.

## **Capítulo XXII**

### ***La razón de aquel matrimonio***

Amanecí como si hubiera despertado de un mal sueño. Me resultaba insopportable permanecer en aquel lugar ni un solo día más. Detestaba todo lo que me rodeaba, y había pasado de la felicidad más absoluta a la tristeza más profunda en cuestión de minutos. No sabía qué ocurriría en mi vida desde aquel preciso instante en el que los acontecimientos cambiaron mi vida por completo. Con angustia e infinito dolor, me preguntaba quién era yo realmente.

Mientras una lluvia de pensamientos negativos caía sobre mi cabeza, una sirvienta llamó a mi puerta y me pidió que bajara, ya que el señor Alcázar me requería en la biblioteca. Me levanté, me tropecé con algo; seguía aturdida, veía todo borroso y apenas sentía las extremidades. Conseguí salir de la habitación, estaba aterrada, temía el encuentro con el señor. Abrí la puerta de la biblioteca y le encontré sentado en el sofá con los brazos apoyados a ambos lados. Se quedó mirándome con ternura y me preguntó:

—Tienes muy mala cara, querida. ¿Me perdonarás algún día?

Le pedí que no me tuteara. Y así hizo...

Le noté una mirada de remordimiento y de mucho afecto, su voz era suave y su arrepentimiento sincero. Confluía amor en su gesto, y le contesté:

—Sí, señor, ya le he perdonado; pero le adelanto que me iré de *Villa Aurora* lo antes posible. Ahora estoy cansada y enferma, pero en cuanto saque fuerzas, dejaré la hacienda; y quiero que sea usted el primero en saberlo.

—Sé que soy un canalla y no he sido sincero; pero todo esto, aunque no lo crea, tiene una explicación. Y debo, quiero y se la voy a dar, señorita Leonor —afirmó.

—Le presto toda mi atención, señor —respondí.

Me contó que su padre era un hombre codicioso, que quería mantener sus propiedades al precio que fuera. En su intento de dejarle en buena posición, decidió que debía casarse con una señora rica y de alta alcurnia. El señor Ramos, padre de Miguel y Soledad, ambos conocidos por mí en horribles circunstancias, era heredero de inmensas plantaciones en Filipinas. El padre de don Maximiliano sabía esto con suma certeza, por eso decidió aceptar una dote muy cuantiosa y casar a su hijo con doña Soledad Ramos. A pesar de su negativa, la unión entre ambos se llevó a cabo a sabiendas de que la heredera tenía una enfermedad mental incurable. No le permitieron negarse. Él nunca la amó. Su padre sabía todo esto; pero solo pensaba en las tierras y en la dote.

Siguió narrando los hechos a la vez que brotaban lágrimas de sus intensos ojos negros. Hubo una clara conspiración contra él. No podía reprochar nada a su esposa; ella era una enferma. Sabía que nunca podría abandonarla. Su locura fue creciendo cada vez más rápidamente, hasta que solo se podía frenar con violencia, y esto le iba mermando su existencia. Su padre falleció, y él se convirtió en un hombre sumamente rico, pero sin vida propia.

Con veintiséis años, su existencia quedó enterrada de repente. Su única salida era volver a Europa, donde nadie le conocía. Se le ocurrió encerrar a esa persona, que ya era incapaz de reconocer a nadie, en algún lugar de la finca familiar. Afortunadamente, su ya fallecido padre no había comunicado la existencia de ese matrimonio a nadie.

Se trasladó desde Filipinas a España, y la travesía con aquel ente indomable fue espantosa. Llegaron a *Villa Aurora*, la instaló en el ático, y siempre hubo una persona a su cargo. Ni un solo día la dejó sola. Se convirtió en un ser malvado, incluso intentó apuñalar a su cuidadora en varias ocasiones.

Desde entonces, don Maximiliano decidió vivir su vida. Se transformó en un ser que vagaba sin rumbo por el continente. Lo recorrió entero. Quería encontrar la paz que no tenía. Hubo mujeres y amantes en el camino...

Escuché con atención e interrumpí el relato:

—Pero usted no podía casarse, señor.

—No era mi intención casarme, señorita. Nunca habría engañado a nadie, bajo ningún concepto. No he sido así en toda mi vida; pero apareció usted, y en principio, pensé en exponerle mi relato con claridad antes de contraer matrimonio... pero el miedo a perderla me venció. Ya sé que ahora me toma por un libertino sin moral ni escrúpulos, pero nada más lejos de la realidad. Le pido que se quede conmigo para siempre, que no se aleje de mi lado. Y antes de contestar nada, déjeme que le narre algo muy importante para concluir.

Comenzó su narración:

—Hace ya más de un año, me topé en mi adorada Sevilla con una muchacha muy joven y descarada que resultó ser la institutriz de mi hija putativa. Esa figura delicada y a la vez de unos principios férreos me robó el corazón desde el primer momento que la vi. La observaba día a día mientras jugaba tiernamente con Emily, y trataba de forma elegante y cariñosa a los habitantes de la casa. Empecé a interesarme más y más por esa mujer enigmática, carismática e independiente que tenía respuesta para todo. Decidí conquistarla, e incluso recurrió a los celos. Buscaba su compañía continuamente porque me hacía inmensamente feliz. Me comportaba como un intelectual porque sabía que a ella le encantaba tratar temas de enjundia. Extendía esos encuentros cada vez menos fugaces, quería alargar el deleite de esa relación nueva y adictiva. Hasta que al final, decidí pedirle matrimonio, porque era lo que sentía, quería compartir mi insulsa vida con esa maravilla de joven. Hice mal en engañarla, pero temía que me diera negativas debido a los prejuicios que le habían inculcado y a su terquedad de carácter; con razón en esta ocasión, por supuesto. Decidí arriesgar y ser feliz de una vez por todas. Ahora no podría entender la vida sin ella...

No contesté.

—¿Por qué se queda callada? Le ruego que permanezca en esta casa para siempre.

No entiendo la vida de otra forma. Sin usted, nada tiene sentido —me dijo.

—Le recomiendo que viva sin pecado, se está más tranquilo. Pronto se olvidará de mí, señor. No creo que yo pueda olvidarme de usted. Eso va a ser más difícil. Guardaré la ley de Dios. No quiero romper mis principios. Le amo más que a mi

propia vida, pero nunca violaré las leyes de mi moral; tienen mucho valor para mí —le respondí.

—Nunca he visto a nadie tan delicado y fuerte a la vez, señorita —me dijo enojado y pesaroso, pero sin levantar apenas la voz.

—¡Que Dios lo bendiga, señor! —contesté, y le di un beso en la frente.

Me di la vuelta con frialdad, me dirigí a mi dormitorio, y pasé allí todo el día sin salir. No probé bocado.

Llegó la temida noche, y pensé que no iba a poder dormir; pero el cansancio y la ansiedad hicieron que cayera rendida. Soñé con mi vida anterior. Apareció madre aconsejándome que huyera de la tentación, que ella me acompañaría siempre a donde fuere...

Horas después, con el corazón destrozado, guardé mis enseres en la maleta y salí de mi cuarto al amanecer. Sin hacer ruido, bajé las escaleras, no sin antes detenerme en la puerta del dormitorio de doña Mercedes.

—Gracias por todo —susurré con profunda tristeza.

Después me acerqué al cuarto de mi pequeña Emily y le metí una nota por debajo de la puerta, deseándole lo mejor y agradeciéndole su cariño y amistad.

Finalmente, salí a los jardines en aquella mañana de finales de julio, ahora silenciosos y sombríos a pesar del buen día que se presentaba. Me detuve un instante, contemplando la sublime belleza del campo andaluz y de mi adorada *Villa Aurora*, donde había sido tan inmensamente feliz. Una punzada de dolor me atravesó el pecho.

—Adiós, mi amor —le dije a mi venerado señor con la voz quebrada.

Y sin mirar atrás, me alejé para comenzar una nueva vida.

## Capítulo XXIII

### *Nuevos comienzos*

Llegué a Sevilla con determinación y decidida a comenzar de nuevo. Lo primero que hice fue retirar una cantidad considerable de dinero de la sede del Banco de España en Andalucía. Todavía no me había dado tiempo a asimilar lo de mi inesperada herencia, ya que todos los acontecimientos habían sucedido muy rápidamente. Me dirigí después a la casa de huéspedes de la viuda de Abellán. Era un lugar sencillo y humilde, pero muy limpio, con habitaciones pequeñas y acogedoras. Me sentí segura y tranquila. Quería alejarme de la opulencia de *Villa Aurora*. A pesar de poderme permitir más lujos, necesitaba reencontrarme con mi yo real. No era todavía del todo consciente de dónde me encontraba.

Pasé los días un tanto aturdida, en una habitación sobria y discreta. Tan solo estaba compuesta de una cama de hierro, una mesita de noche diminuta y un armario de madera envejecida, donde apenas cabían tres vestidos y alguna camisa como mucho. Había una ventana que daba a un patio interior lleno de macetas con flores de diferentes colores y dos fuentes de piedra que emanaban chorros de agua que conseguían amainar un poco la canícula del verano sevillano.

Pasé los días leyendo todo lo que caía en mis manos, y escribiendo un diario que me ayudaba a asimilar todo lo que había pasado.

Una tarde de mediados de agosto, mientras hojeaba un libro, tome una decisión que me llevaría a cambiar mi vida por completo: escribiría una carta al abogado que llevaba los asuntos de mi pariente en Inglaterra para interesarme por el estado de la hacienda que había heredado ni más ni menos que en la elegante ciudad de Londres. Hasta entonces no había hecho reparo en que disponía de dos casas de mi propiedad, además de una gran suma de capital; una en el corazón de la cosmopolita Londres victoriana, y otra en las afueras de la linda y encantadora Lisboa, que eran los lugares donde había habitado aquel bondadoso caballero.

En un principio, Inglaterra me parecía un lugar muy lejano para trasladarme y había pensado en Lisboa, pero dirigirme a Londres era la excusa perfecta para desaparecer a un lugar remoto. Y después de no cavilar demasiado, la capital del Támesis se presentaba como el lugar idóneo para un nuevo y necesario comienzo. Además, hablaba inglés con fluidez, y eso me ayudaría a instalarme y me facilitaría mucho las cosas.

En unos días recibí la siguiente respuesta:

“*Estimada Señorita Polo:*

*La hacienda de su propiedad situada en la calle Baker Street numero 100 es una casa grande y antigua, un poco descuidada, pero fácil de poner a punto. Le adjunto un plano de la propiedad. Cuando llegue a Londres, la acompañaré con gusto a su nuevo hogar para ayudarla en lo que sea menester”.*

Y así fue como decidí comprar los billetes de tren y barco para partir a la Inglaterra victoriana...

Comencé mi viaje en tren desde Sevilla hasta Cádiz. Esas doce horas se me hicieron interminables. Llegué rendida. Allí me embarqué en un barco de vapor que cruzaba el Estrecho de Gibraltar, y continué navegando durante una semana por el bravo Atlántico. Pasé mucho tiempo mareada en el camarote; apenas salía a cubierta, tan solo para comer algo. Como siempre había hecho, me refugiaba en los libros, porque las historias me hacían viajar en el tiempo y en el espacio. Ahora, yo misma sería la timonel de mi travesía vital.

Por fin llegamos a Southampton. Todavía me quedaba tomar otro tren que me llevaría a Londres, donde me encontraría con el señor Ainsworth, que me acompañaría a mi nuevo hogar y me guiaría en aquel nuevo emprendimiento.

A la llegada a la verde Inglaterra, me sentí un poco perdida. Era consciente de que hacer un viaje tan largo una mujer sola no era lo frecuente, ya que mucha gente consideraba impropio y fuera de lugar que una dama viajara sin compañía, y sobre todo cuando se enfrentaba a tantos días de travesía; pero nada ni nadie me podía disuadir. Desde muy niña me había valido por mí misma, y no daba mucha importancia a las circunstancias que me rodeaban, y mucho menos a las habladurías. La vida me había hecho valiente y decidida. No me había quedado otra.

Al desembarcar en Southampton, me sentí un poco inestable al pisar tierra firme, pero aliviada por estar ya tan cerca de mi destino final. Bajé la pasarela con mi equipaje y busqué la estación de tren. Era un edificio grande y bullicioso, lleno de gente que iba y venía. Pregunté por mi convoy y finalmente encontré el andén. Llegué apresurada; allí estaba la locomotora echando humo y vapor. Subí al

vagón y me senté en un asiento al lado de la ventana. El tren arrancó poco después, y me acomodé para divisar el bello y gris paisaje inglés.

## Capítulo XXIV

### *Londres*

*Septiembre, 1870*

Llegué a la estación de Euston. Era un edificio de unas dimensiones enormes, con fachada de piedra y un techo de cristal altísimo. El vestíbulo principal estaba abarrotado de gente, desde viajeros apresurados hasta vendedores ambulantes que ofrecían comida y bebida.

De repente, me encontré en medio de ese gentío rodeada de un ruido y un movimiento inusual; los oídos me explotaban. Respiré profundamente, y me dirigí a la salida para coger un coche de caballos que me llevara a Baker Street. Le di la dirección al cochero mientras me acomodaba en el asiento. Estaba a un paso de conocer mi nuevo hogar.

Llegamos al número 100 de Baker Street, y me reuní con el señor Ainsworth. Era un caballero elegante y cultivado, de unos treinta años aproximadamente. Me pareció un hombre formal y amable. Me explicó que la casa estaba adecentada para entrar a vivir, aunque quedaban cosas por hacer. Me dejó las llaves, y al retirarse, me insistió en que estaba allí para lo que necesitara. Había trabajado siempre para el pariente del que había heredado, le había llevado todos sus asuntos, y sabía perfectamente lo que se traía entre manos.

Desde mis comienzos en aquella metrópoli gigante, me ayudó muy amablemente a establecerme, lo que me dio una inmensa tranquilidad de espíritu. Era justo la persona que necesitaba; cordial y a la vez distante. No estaba para familiaridades. Necesitaba mi espacio interior para llevar a cabo el duelo de todo lo que había quedado atrás.

Dejé la maleta en el suelo y me senté en el primer sofá que encontré, vencida por el agotamiento. Después de descansar unos minutos, me di una vuelta por la casa. Era una construcción de ladrillo rojo, con grandes ventanales y una puerta de madera oscura. Había un pequeño jardín frontal con arbustos y flores. Era luminosa (siempre teniendo en cuenta el duro y gris clima británico), con techos muy altos y suelos de madera. Los muebles eran elegantes, y había chimeneas de mármol en todas las habitaciones. Era hermosa y grande, pero estaba descuidada; necesitaba de inmediato una buena limpieza. Las ventanas estaban sucias, el polvo cubría los muebles, se podían ver telarañas colgando de las cortinas, la chimenea del salón estaba llena de hollín... y eso era solo lo que se apreciaba a simple vista.

Lo primero que tenía que hacer era sentirme a gusto en aquel lugar, y para ello necesitaba organizarlo y aviarlo de inmediato.

Me acosté sin deshacer el equipaje y caí en un sueño profundo. No era para menos...

Me desperté a la mañana siguiente totalmente renovada, y me acerqué al despacho del señor Ainsworth, que se encontraba muy cerca de mi domicilio. Le expliqué

que necesitaba dos personas que me ayudaran en la casa cuanto antes, y él, muy dispuesto, se puso manos a la obra.

A través del señor Ainsworth, que se convirtió en mi mano derecha, contraté a dos jóvenes que procedían de un pueblo a las afueras de Londres, Beth y Sarah, para que me ayudaran en las labores domésticas. Las acomodé en mi casa. Eran tan solo un poco más jóvenes que yo. Aquellas criaturas amables y trabajadoras me recordaban a mis inicios en *Villa Aurora*. En pocos días la casa comenzó a brillar, y yo empecé a sentirme cómoda en aquella estancia tan bella.

Encontraba una fascinación increíble al pasear por aquella ciudad. Me encontré con una urbe llena de vida, mucho más de lo que había leído en los libros y en los periódicos. Las calles derrochaban elegancia y estilo propio. Sus gentes, sus carruajes de caballos, sus escaparates, la música que salía de los teatros y salas de conciertos en la zona del West End... Sus librerías, con ejemplares de todos los tamaños y colores, inundaban las avenidas y las teñían de color. Me sentía una londinense más. El descubrimiento de un mundo nuevo me ayudaba a no torturarme con el recuerdo de *Villa Aurora* y sus habitantes, y sobre todo el recuerdo del señor Maximiliano Alcázar del Valle. No le podía olvidar. Seguía habitando en mi mente, pero principalmente en mi corazón.

Fueron días intensos...

Comenzaba octubre y empezaba a aparecer una suave neblina, característica del paisaje, que cubría la ciudad. Amaneció un día típico otoñal, caía una llovizna fina sin cesar. Cogí mi capa y un paraguas y me fui a pasear por el centro. Llegué a Cecil Court, una callejuela encantadora, escondida entre Charing Cross Road y

Saint Martin's Lane, llena de escaparates repletos de libros y ambiente cultural. Vi un local vacío con un cartel que ponía “*Se alquila*”. Me quedé prendada de ese lugar pequeño y con hechizo, me recordó a las librerías que había visitado en mis días en Sevilla. De repente, una idea surgió en mi cabeza: ¿por qué no abrir mi propia librería? Se lo consulté al señor Ainsworth, y sin mucha dilación, arreglamos la documentación, ofrecimos una suma menor a la que nos pedían y llegamos a un acuerdo con el propietario del local. Se quedó en ciento cincuenta libras al año. El resto no entrañaría dificultad...

## Capítulo XXV

### El Sueño de Leonor

*Londres, octubre, 1872*

Me parecía mentira el giro que había dado mi vida en tan solo dos años. Abandoné mi tierra en 1870 para viajar a ninguna parte. Sevilla me inspiró. Me hizo saltar al vacío. Aparecí en la Inglaterra victoriana, y allí me encontraba, siendo propietaria de una librería que estaba en boga en un Londres pletórico. Era una muchacha de veintidós años con un duro pasado por detrás y un futuro cargado de sorpresas; aunque siempre tendría presente *Villa Aurora* y todo lo que eso implicaba.

*El Sueño de Leonor* se convirtió el nombre de mi librería, en español para que resultara más exótico. El título de aquella novela que un día quise escribir era un lugar acogedor con estanterías de madera llenas de libros de todos los tamaños y colores. Había unas cuantas sillas para que los clientes se sentaran a leer y los tertulianos se sintieran cómodos, y en el centro había una pequeña chimenea donde ardía el fuego en los días fríos. En las paredes colgaban cuadros y grabados, y el aire olía a papel viejo y cuero.

Siempre tenía preparada una sonrisa cálida para mis clientes, y les recomendaba con entusiasmo el tipo de historia que creía que les agradaría leer. Organizaba lecturas y tertulias que cada día iban cogiendo más fama en la ciudad. Comencé

con lecturas de Jane Austen, Charles Dickens y las hermanas Brontë. Nos sentábamos en las sillas preparadas para la ocasión y leíamos fragmentos de sus libros. Al final acudía tanta gente que cerrábamos la librería, y la mayoría se quedaban de pie. Pude conseguir también la asistencia de escritores de renombre de la época, como George Eliot y Thomas Hardy. Venía gente de todos los barrios de Londres, incluso de las afueras, para asistir a los eventos de mi librería. Recuerdo el día en que entró Alfred Tennyson, el poeta consolidado del momento, para visitarme y agradecerme mi pasión por la literatura. Mi entusiasmo y mi trabajo se ponían de manifiesto en cada libro que vendía. Llegué a recibir un reconocimiento por parte de la comunidad literaria y varias menciones en periódicos locales. Esa placa que recibí quedó guardada en mi biblioteca personal, repleta de libros de autores españoles, ingleses y franceses. Me había convertido en una dama de las letras en el cultivado y sofisticado Londres.

Habían pasado ya dos años desde que puse el pie en Southampton. Las cosas habían ido mejor de lo esperado; pero en mis pensamientos permanecía *Villa Aurora* y, sobre todo, don Maximiliano. El recuerdo de nuestros paseos por los jardines de la finca a caballo, nuestras conversaciones bajo la luz de la luna y la calidez de su presencia llenaba mi cabeza más frecuentemente de lo que yo hubiera deseado. A pesar de la distancia y del tiempo pasado, sentía su cercanía, y soñaba con compartir con él mi buena fortuna. Londres a su lado habría sido aún más bello, si cabe.

La amistad con el señor Ainsworth se había convertido en un pilar fundamental en mi vida. El singular letrado vivía exclusivamente para su trabajo. Había

llegado a ser un afamado abogado, y administraba gran parte de las fortunas de la ciudad. Su despacho crecía como la espuma, y su labor era reconocida por la sociedad londinense.

Beth y Sarah vivían en mi casa, y se encargaban de tenerla perfecta mientras yo dedicaba los días a la librería, que cada vez me requería más tiempo. Eran dos muchachas alegres y dispuestas, y se habían convertido tanto en mis confidentes como en mi familia por aquellos lares.

Llegaban los días más esperados del año, aunque yo era muy nostálgica cuando asomaba la Navidad. Las calles y avenidas se iluminaban con farolillos de gas y velas. Los escaparates de las tiendas brillaban con adornos, y se podían ver árboles de Navidad decorados en algunas casas.

Mi librería brillaba con esplendor. La decoré con todo mi esmero, poniendo guirnaldas de abeto y lazos rojos por todas partes, y coloqué un árbol de Navidad en el centro no muy grande, iluminado con velas y adornos dorados. Organicé para esos días lecturas de poemas navideños y cuentos clásicos, entre los que se encontraba mi favorito, *Un cuento de Navidad*, del gran Charles Dickens.

Uno de aquellos días, el señor Ainsworth me invitó a cenar después de salir de la librería. Me esperaría en el *Criterion*, que era uno de los restaurantes de moda en la capital. Era un lugar elegante y concurrido, perfecto para resguardarse del frío navideño y disfrutar de un menú exquisito.

Nos sentamos en una mesa puesta con una clase inigualable. La luz de las velas iluminaba los platos mientras charlábamos animadamente. El señor Ainsworth me contaba anécdotas de su trabajo, y yo a él historias sobre la librería y los

clientes. Me escuchaba atentamente. Sabía que las cosas me iban muy bien, porque era el administrador del negocio. Era como un hermano para mí.

Nos sirvieron una variedad de platos excelentes de cocina francesa y británica. Comenzamos con un paté de faisán, para pasar a un salmón al vapor con salsa de menta, y culminamos la cena con tarta de ruibarbo para mí y natillas para él. Regamos los platos con un champán exquisito.

Durante la cena, el señor Ainsworth me confesó algo:

—Miss Leonor, pienso en usted más de lo habitual, incluso en momentos del día en los que tenía que estar pendiente de otros asuntos. También experimento cierta inquietud cuando me habla de *Villa Aurora* y su cariño hacia don Maximiliano Alcázar. El otro día, al verla sonreír y charlar animadamente con otros hombres en la librería, me percaté de que sentía algo especial por usted.

Me quedé sin habla ante aquella declaración del señor Ainsworth. No esperaba semejante confesión, y no supe cómo reaccionar. Le expliqué con delicadeza que lo que sentía por él era profunda amistad, cariño y agradecimiento, que necesitaba tiempo para asimilar todo aquello, y le pedí disculpas por no poder decir nada al respecto. También le dije que a veces, cuando estabas mucho tiempo cerca de alguien, podías llegar a confundir los sentimientos; y lo que creíamos una cosa era algo diferente.

Ambos salimos del restaurante con los corazones apesadumbrados, pero intentamos mantener la compostura. Yo me sentía triste por haberle rechazado; pero también aliviada por haberle sido sincera. Le apreciaba mucho, y era consciente de todo lo que había hecho por mí. Caminamos por las calles

iluminadas, y al llegar a la puerta de mi casa, nos despedimos con un abrazo breve pero intenso. No le invité a tomar un té, como en otras ocasiones. No me sentía con fuerzas. Me hizo ver con la mirada que lo entendía perfectamente. Después de tener conocimiento de sus sentimientos, las cosas habían cambiado entre nosotros.

Al día siguiente, Beth y Sarah partirían unos días a ver a sus familias, y se habían acostado muy pronto para madrugar más de lo normal, con lo cual la casa estaba en absoluto silencio. Al entrar, me sentí invadida por un sentimiento de paz y soledad a partes idénticas. Fui a la cocina, me preparé un té hirviendo, me senté junto a la ventana del salón y viajé a *Villa Aurora*. Fluían los recuerdos de mi estancia allí. Tras dos años de ausencia, la imagen del señor Alcázar seguía viva en mi memoria; a pesar de mis intentos de olvidar, no podía. Pasó por mi cabeza viajar a España.

Aquella noche de confesiones, curiosamente, me había hecho darme cuenta de que el no parar nunca era un arma poderosa para esconder mis verdaderos sentimientos.

Me acosté y decidí no pensar en nada. Al día siguiente pondría mi cabeza en orden.

## Capítulo XXVI

### *La proposición*

Me desperté en una casa tan silenciosa como vacía. Me había acostumbrado a desayunar con mis queridas Beth y Sarah; echaba de menos sus conversaciones, sus risas, sus habladurías y su desparpajo. Me preparé algo para romper el ayuno y me apresuré para llegar puntual a la librería. No quería que se me hiciera tarde.

Al salir, me tropecé con el señor Ainsworth, que iba con prisa también porque tenía unos asuntos urgentes pendientes que tratar. Le saludé atentamente y me dijo que me quería proponer algo, y que si al salir de la librería tenía a bien tomarme un té en *Fuller's tea Room* con él para conversar sobre un tema un tanto delicado. Yo accedí encantada, como si la noche anterior no hubiera tenido lugar.

Horas después nos encontramos en la librería, y caminando bajo finos copos de nieve, llegamos a nuestro destino. Nos sentamos en un lugar cálido y acogedor, y pedimos unas pastas y un té que llegaba humeante.

El señor Ainsworth comenzó a narrarme:

—Miss Leonor, usted sabe que la India es parte del Imperio Británico, y Calcuta es una ciudad importante para el comercio de nuestro país. Tendré que acostumbrarme a un clima muy diferente al de Londres, con temperaturas mucho más altas y monzones en verano.

—Eso quiere decir, señor Ainsworth, que... —intenté decir.

No me dejó acabar la frase, y me contó que tenía que viajar a Calcuta por negocios y que era una gran oportunidad para él. Mi respuesta ante aquella revelación tan sorprendente fue que, de repente, me había invadido la tristeza al oír acerca de su partida; y entonces, en un abrir y cerrar de ojos, me pidió matrimonio para que me marchara a Calcuta con él. En la rígida época victoriana era impensable que dos personas jóvenes de diferente sexo hicieran un viaje a otro país durante tanto tiempo sin haberse casado previamente. Me trató de convencer de que con la convivencia me iría enamorando poco a poco de él, y que estaba seguro de que seríamos inmensamente felices.

Mientras le escuchaba, sentí que, si llegaba a ser su esposa, viviría experiencias que me enriquecerían mucho, que aquel hombre bueno y puro como un manantial me protegería de todo... pero que, definitivamente, no era la persona que amaba.

—Señor Ainsworth, estoy devastada, porque no quiero que parta a Calcuta; pero no puedo aceptar este matrimonio. Le ruego que disfrute de su nueva situación, usted se lo merece. No he visto a nadie más noble, más trabajador y capaz que su persona; pero siento que tan solo podemos ser amigos —le dije con enorme tristeza

—Ya no somos amigos como lo éramos, *Miss Leonor*. Y no le puedo pedir que se traslade a la India conmigo sin haber pasado por el altar. Sé lo importante que son sus principios para usted —me respondió.

—Aunque me pidiera que me fuera como ayudante suya, no es el momento, querido señor Ainsworth. Ahora no puedo dejar todo lo que he conseguido en tan poco tiempo. Mi lugar no está en Calcuta.

Nos despedimos. Su partida se produciría en tan solo dos días. Antes de irse, nos fundimos en un abrazo, esta vez largo, y me preguntó tímidamente si aún pensaba en el señor Alcázar, y le contesté con mi silencio. Le vi desaparecer entre la niebla...

Llegué a la tranquilidad de mi hogar, que chocaba con la confusión y culpabilidad de mi alma. Por un lado, sabía que había hecho lo correcto al ser sincera con el señor Ainsworth. Pero, por otro lado, no podía evitar sentirme mal por haberle herido, aunque sin pretenderlo. Además, la idea de volver a ver al señor Alcázar no paraba de rondarme por la cabeza, y me llenaba de angustia e incertidumbre.

Pasé la noche en vela, presa de un torbellino de sentimientos. La imagen de mi querido señor y el deseo de un posible reencuentro me atormentaban ya de una forma muy intensa...

Me debatía entre la razón y el corazón. Flotaban ideas a mi alrededor. Supliqué al cielo que me ayudara a decidirme. Salió un llanto amargo y nostálgico de mis adentros. Cuando me levanté, y no digo “desperté” porque no se había producido en ningún momento de la noche el ansiado descanso, ya había tomado una decisión.

## Capítulo XXVII

### *El día*

Pasaron seis meses desde aquellas Navidades en las que el señor Ainsworth partió a Calcuta. Tuvimos correspondencia un tiempo, pero la distancia jugó el papel esperado en nuestra extraña relación.

Andábamos por el inicio del verano de 1873. Londres era una ciudad vibrante y llena de contrastes. Sus calles bulliciosas, llenas de carruajes y peatones, contrastaban con la elegancia de sus parques y edificios victorianos. El enorme Támesis, con sus vapores y sus barcazas, corazón de la actividad comercial, dominaba la ciudad. Las casas y sus jardines cuidados ofrecían una belleza incomparable. No me quedaba mucho tiempo allí.

Aquella mañana de junio llegó. Me levanté al alba. Sentí una profunda tristeza cuando me despedí de Sarah y Beth la noche previa a mi partida. El adiós a la librería había sido especialmente emotivo, ya que ese pequeño rincón me había hecho inmensamente feliz durante mi estancia en Londres. Aquellas paredes y estanterías me habían devuelto la ilusión de emprender, además de haberme enseñado un sinfín de cosas.

A pesar de ser junio, la mañana era fría y gris. La lluvia azotaba las ventanas de la casa con fuerza. Yo había planificado la travesía en verano precisamente para

evitar el mal tiempo a bordo; pero el cambiante clima de la verde Inglaterra siempre te sorprendía.

Crucé el jardincito frontal, y allí me esperaba la diligencia que me llevaría a Southampton. Esta vez no iría en tren. Quería disfrutar del paisaje lentamente. Yo sola con mis pensamientos. No sabía si iba a partir de Inglaterra para siempre. Volvía a viajar con destino, pero sin rumbo.

No había dado detalles de mis planes a nadie; sola me había encargado de dejar todos mis asuntos atados.

El viaje duró quince días. Había salido de casa un primero de junio de 1873, y mi llegada a Los Azahares, el pueblo más cercano a Villa Aurora, se había producido un quince de junio de 1873.

Me estremecí al comprobar que el paisaje andaluz allí seguía. Los campos de naranjos y limoneros estaban en plena floración, el aire olía a azahar. Las casas eran blancas y la vida estaba teñida de color. Las flores, los patios, las fuentes, las gentes... Mi Andalucía...

Supe que estaba muy cerca de mi destino.

El cochero me dijo que nos encontrábamos a tan solo cinco kilómetros de *Villa Aurora*. Le anuncié que me bajaría cuando quedaran unos dos kilómetros. A pesar del cansancio y del equipaje, quería caminar por esos campos. Me apeé del carruaje, le di una propina al cochero y leí un cartel que ponía “*Finca Villa Aurora*”. La puerta estaba abierta, pero había mucho terreno y no se divisaba la casa. Me pasó por la mente un pensamiento: “No he dicho nada a nadie de mi

viaje. ¿Qué me encontraré? ¿Estará mi señor en la hacienda, o se habrá marchado de viaje? ¿Estará con su esposa enferma? ¿Habré hecho un viaje tan largo en vano? Tan solo anhelo reencontrarme con él, lo demás ya lo solventaré”.

Conseguí ver un bulto a lo lejos, ya llegaba a la casa. ¡No podía creer lo que estaban viendo mis ojos! ¡Lo que había sido un edificio majestuoso, eran unas ruinas ennegrecidas!

Los jardines estaban pisoteados y abandonados, solo quedaban muros de aspecto frágil. No había tejado, se había caído. Reinaba un gran silencio, parecía un desierto. El color opaco de las piedras sugería el origen de la desgracia: un incendio. Y además, pude darme cuenta por ciertas señales de que la calamidad había ocurrido hacía un tiempo, porque se podían ver matojos crecidos entre aquellos muros.

¿Dónde estarían los habitantes de aquella casa en ruinas? ¿Habían desaparecido en aquel maldito incendio? Tenía que encontrar respuestas rápidamente a ese enigma, porque la angustia se iba apoderando de mi persona. Me dirigí sin dilación a la posada de Los Azahares como pude.

El posadero me recibió con amabilidad, y me sirvió un plato de comida. Le pedí que cerrara la puerta y que tomara asiento, pues tenía que hacerle unas preguntas de suma importancia. A pesar del miedo que me producía escuchar algo terrible sobre el paradero de los habitantes de la hacienda *Villa Aurora*, comencé a interrogarle.

El posadero era un hombre de edad madura con aspecto bondadoso y respetable.

—Conoce usted la finca *Villa Aurora*, ¿verdad? —le pregunté.

—Sí, claro; hace muchos años fui mayordomo del padre del señor Alcázar del Valle. ¡Qué pena, qué desgracia lo que ocurrió el invierno pasado! ¿Está usted enterada del incendio de *Villa Aurora*? ¡Fue una verdadera tristeza ver arder aquellos lares! —me respondió con congoja.

—De eso quería informarme precisamente, señor —continué la conversación.

Estaba impaciente por conocer más. El mundo se me venía encima. Me era difícil mantener la compostura. Me contó los hechos:

—El incendio se desató en plena noche. La señora loca que vivía encerrada en el ático era la esposa del señor Alcázar del Valle, y fue la que prendió fuego a la casa.

Narró entonces mi propia historia sin saber con quién estaba hablando:

—Dos años antes, vino a *Villa Aurora* una institutriz, y el señor de la casa se enamoró perdidamente de ella.

—¿Y qué tiene que ver el incendio con la institutriz? —le interrumpí.

—Voy a ello, señorita —me respondió—. Todo el mundo en la casa era consciente de que el señor había perdido la cabeza por aquella joven que, según dicen, parecía una niña, era poquita cosa y veinte años más joven que él. En fin, quiso casarse con ella...

—Pero ¿podemos ir a la parte del incendio, por favor?

Ya no podía esperar más.

—Como le decía, un día que una tal Filomena, la cuidadora de la esposa del señor, se quedó dormida, ella aprovechó para sacarle las llaves del delantal y salir por la casa gritando: “¡No te casarás con nadie! ¡Eres mío!”. Se acercó a la habitación de la institutriz, que afortunadamente no estaba porque había huido de la finca, y prendió fuego a las cortinas. Aquella señora, en su locura, había sido consciente de todo lo que había pasado en la hacienda. Su venganza fue arrebatadora, sin piedad. Después se introdujo en la habitación del señor e intentó quemarle mientras dormía. Una verdadera tragedia, señorita.

—¿Y, los habitantes, y el señor, sobrevivieron a tal barbarie? —le volví a interrumpir.

—El señor sobrevivió. Sacó a los habitantes de la casa uno a uno, incluida a la señora del ático, que fue la única que falleció al oponer resistencia al salir de allí. El pobre señor Alcázar, en su empeño de salvar a todo el mundo, quedó muy malherido. Sigue vivo, pero con muchas secuelas...

—¿Qué secuelas? Prosiga, por favor. ¿Se encuentra en Andalucía?

No podía disimular mi ansiedad ante las noticias que me llegaban. Aquel hombre se empeñaba en prolongar el relato.

—Sí, está por la zona; apenas puede moverse, está completamente ciego. Todo eso se debe a su bondad; no quiso huir de la casa hasta que hubieran salido todos. Un hombre de un gran valor y coraje. Fue rescatado de debajo de los escombros. Una viga lo había protegido de las garras de la muerte. Tenía una mano totalmente aplastada, y le fue amputada. Perdió un ojo, y el otro quedó inservible.

—¿Dónde vive ahora? ¿Dónde le puedo encontrar?

—Vive en *Los Olivos*, una casa solariega, que se encuentra a unos cuarenta kilómetros de aquí, con una señorita que le cuida; parece ser que era la acompañante de la señorita Emily, una tal Louise.

—¿Dispone usted de algún vehículo que me transporte a ese lugar de inmediato?

Le pagaré el doble de la tarifa —casi le rogué.

—Sí, señorita, tenemos un carro, lo haré preparar para usted —me dijo, sin preguntarme la razón de mi urgencia.

Antes de partir, me informé de que la señora Martínez había vuelto a su pueblo de origen, con una merecida pensión vitalicia que le había asignado mi noble señor. Emily fue enviada a un buen internado y vivía entre algodones; Louise había quedado como cuidadora del propio señor, y el resto del servicio había sido reubicado en otras haciendas cercanas a la zona para estar cerca de donde siempre habían vivido.

“Mi bendito Maximiliano”, pensé.

—¡Que aparezcan el carro con urgencia, antes de que caiga la noche, por favor!  
—exclamó el posadero.

Así fue como me dirigí a la hacienda *Los Olivos*.

## Capítulo XXVIII

### *El rencuentro*

La casa solariega era una construcción de piedra, con tejado de color rojizo. El patio central tenía un pozo y unas pocas macetas de geranios. Todo estaba descuidado, y la casa tenía un ambiente lúgubre y un tanto desolador. Era una finca de una antigüedad considerable sin ninguna pretensión arquitectónica; lo opuesto totalmente a *Villa Aurora*, que era todo opulencia. Don Maximiliano me había hablado en alguna ocasión de aquella casa. Su padre la había comprado como propiedad para la caza. La había querido alquilar en varias ocasiones, pero no encontraba arrendatarios por su situación apartada y la falta de higiene. No había muebles, tan solo un par de habitaciones para albergar al propietario y a algún invitado en periodo de caza.

Llegué allí poco antes del anochecer. Cubrí a pie los últimos quinientos metros aproximadamente tras despedir al cochero. La casa estaba rodeada de olivos centenarios retorcidos por el paso del tiempo, también había arbustos que desprendían un olor intenso a romero y a lavanda.

Ví una verja, la atravesé. Entré por la puerta de la vivienda, que solo tenía echado el pestillo, y me encontré un pequeño patio y mucho silencio. Parecía que no había vida en aquel lugar.

Apareció una figura en la penumbra. ¡Era mi señor! Contuve la respiración y me quedé observándolo; lo examiné sin ser vista. Me controlé para no ir a abrazarlo. Su porte era el de siempre, fuerte y atlético. La pena no había disminuido su atractivo, pero ciertamente su semblante era diferente: parecía un animal herido y enjaulado. Solo pensaba en acercarme y abrazarle con todas mis fuerzas.

En ese momento se acercó Louise y me vio. Le pedí que guardara silencio y no me delatara, poniéndome el dedo índice en la boca. Ella lo entendió a la perfección. También le conté que ya le daría los detalles de todo, y que me había enterado de lo ocurrido en *Villa Aurora*. Por último, le pedí que me dejara llevarle el vaso de agua que había pedido.

Me acerqué a la sala principal portando una bandeja con un vaso de agua. La estancia estaba oscura, solo brillaban un par de velas. Al oír ruido, el señor se volvió de una forma intuitiva y dijo:

—Louise, dame el agua.

—Louise está en la cocina —respondí.

—Vuelva a hablar. Creo que estoy delirando, Louise —ordenó.

—No, señor. Vengo a traerle el agua desde muy lejos —le susurré cerca.

—Es la voz de Leonor. Se trata de un fantasma, ¿verdad? —sollozó.

—No, soy completamente real, de carne y hueso. Y le adelanto que he venido a quedarme con usted, señor. He vuelto para siempre —le dije.

—Si es usted real, ¡váyase! ¿No ha visto en lo que me he convertido? —me preguntó, esperando rechazo, y con el mismo orgullo de cuando le conocí.

—Señor, elijo estar aquí. Soy una mujer independiente —le dije rotundamente.

—¿Qué quiere decir? —me interrogó con aire malhumorado.

—Un pariente lejano me dejó una herencia, y con ese dinero me construí una vida muy lejos de aquí. Pero no he podido olvidarle; y aunque no me consienta que viva con usted, me construiré una casa a su lado, y no dejaré de visitarle siempre que pueda. Me ha costado mucho tomar la decisión de dejar todo para estar a su lado, así que no me contradiga —le desafié.

—Soy ciego, manco de una mano, y mucho mayor que usted, que es una mujer inteligente, joven e independiente. ¿Se puede saber qué diantres hace con un despojo como yo? Debe casarse y formar una familia. Deje de perder el tiempo, señorita Leonor —afirmó con rabia.

—¡Basta ya de victimismo y melancolía, alguien tiene que encargarse de humanizarle de nuevo! —le grité .

La habitación sobria se inundó de emociones. Me senté en sus rodillas, le aparté con delicadeza el pelo de la frente, y le susurré que nada ni nadie me iba a separar nunca de él. La felicidad de saber que estaría a su lado para siempre me hizo olvidar el extremo agotamiento.

El señor, conmovido por lo acontecido, me abrazó con mucha fuerza, aferrándose a mí como si temiera mi desaparición repentina. Nos besamos apasionadamente, sabiendo que siempre superaríamos las adversidades.

Comenzaron a asomar sonrisas y muecas de alegría en su rostro. Me parecía el hombre más bello del mundo. Le amaba como nunca había amado a ningún otro ser humano.

—¿Eres real, Leonor? —no dejaba de preguntar. Me comenzó a tutear de nuevo, como antaño—. No eres consciente de la vida triste, oscura y sin esperanza que he llevado estos años. Temo que esto sea un sueño como el que he tenido en otras ocasiones.

Me desnudé en cuerpo y alma, literalmente. Me senté encima de su regazo, le puse su mano derecha en mis pechos. Lo demás vino solo. Para mí fue la primera vez.

Tras la pasión desmesurada, permanecimos abrazados con ternura, saboreando intensamente aquellos momentos. Le conté todo lo que había ocurrido desde que salí de *Villa Aurora*: mis andanzas en Sevilla, y sobre todo en Londres. Él me explicó cómo había malvivido y cómo había sobrevivido al grave incendio.

¿Qué me importaban las convenciones sociales en ese momento? Quería a ese hombre por encima de todo y con toda mi alma. Mi moral victoriana, mis principios férreos... eran solo palabras vacías frente a la fuerza de la realidad. En ese instante, nada más importaba.

Nos acostamos abrazados, y nos levantamos al día siguiente para dar un paseo alrededor de *Los Olivos*. Le cogí del brazo y le ayudé a caminar en todos los sentidos.

—Como has visto, querida mía, soy como un árbol herido por un rayo; ciego y manco —me dijo.

—Sí, don Maximiliano, cierto: un árbol con solera, que será eterno. No se imagina lo que le amo, señor —afirmé con rotundidad.

—¿Me vas a llamar señor después de casarnos?

Y así fue como esta vez nos casamos. Maximiliano dejó de odiar que le ayudara y le guiara. Le encantaba que mis manos y mis ojos fueran los suyos. Tuvimos una boda tranquila, como él siempre había deseado; solo estuvimos presentes nosotros dos, el párroco y el escribano. Ni siquiera Louise asistió. Prescindimos del servicio en nuestra casita solariega. Queríamos disfrutar el uno del otro por un tiempo. Louise se estableció en una casa cercana al pueblo como institutriz. Escribí a Londres explicando mi situación a Sarah y a Beth; algún día viajaríamos mi esposo y yo a la bella Inglaterra.

Nunca me olvide de Emily. La recogimos del internado y la trajimos a casa con nosotros durante un tiempo, y le busqué una escuela más cercana para que pudiera pasar temporadas con nosotros.

Quince años después, seguía viviendo con la persona que más quería en la Tierra. La vida no quiso que tuviéramos descendencia, pero ocurrió algo mágico: un día, Maximiliano empezó a ver brillos con el ojo que le quedaba, y la oscuridad empezó a ser menos profunda. Fuimos a un oftalmólogo afamado de Madrid, y consiguió que mi marido recuperara la vista. Esta dulce efeméride ocurrió a los dos años de haber contraído matrimonio.

Una tarde cualquiera de otoño, me senté y comencé a escribir mi historia en un cuaderno con tapas de tela que llevaba un candado. Las hojas eran de color sepia, y supe desde el principio que se titularía: *El Sueño de Leonor*.

## **Epílogo**

*Madrid, año 1996*

Cierro el manuscrito que me he leído de golpe después de echar varias cabezadas. No he podido dejarlo para otro día. Me he preparado un termo con café, y me he dejado absorber por la narración de Leonor. Es como si hubiera vivido esa bella historia de superación en primera persona. Me ha emocionado su fuerza, su coraje, su entrega y su pasión desmesurada por la vida.

Hay algo que aún nos he contado, queridos lectores, y que me llena de satisfacción compartir con vosotros: Leonor y Maximiliano en el capítulo veintiocho y último de este relato, no habían tenido descendencia. Ella tenía ya treinta y ocho años y él cincuenta y ocho. En aquellos tiempos, ser padres primerizos con más de treinta y cinco era algo impensable.

En el año 1900, cincuenta años después del nacimiento de Leonor, cuando ya prácticamente las posibilidades de ser madre eran nulas, cuando no albergaban ni un mínimo de esperanza, Leonor comenzó a ver su vientre crecer. Se confirmó un embarazo muy tardío. La felicidad de la pareja ante aquella segunda oportunidad regalada por la naturaleza fue exorbitante. Ambos estaban profundamente agradecidos a aquel milagro de la vida.

El parto fue largo y difícil; pero Leonor fue, como de costumbre, fuerte como un roble. Maximiliano no se separó de su lado ni un segundo, insuflándole ánimos y

caricias constantemente. En aquella época no era lo común que el padre presenciara el parto; pero ella era diferente, quiso volver a saltarse todos los convencionalismos, como siempre había hecho.

El 9 de septiembre de 1900 nació mi madre, doña Leonor Alcázar del Valle Polo, que en este 1996 acababa de fallecer. El mismo 9 de septiembre, pero esta vez del año 1939, justo al acabar la fatídica Guerra Civil, nací yo. Soy Carmen. Me gusta que me llamen Carmen, a secas, simplemente Carmen, descendiente de mujeres valientes que nos marcaron un camino...